LOS HOMBRES de la historia 100

La Historia Universal a través de sus protagonistas

Los Rothschild

Centro Editor de América Latina

Giorgio Mori

LOS HOMBRES de la historia 100

En una época en la que parecen afirmarse cada vez más vigorosamente, por un lado la despersonalización del capital, la división de las propiedades de las grandes sociedades anónimas, el poder de los **managers** en desmedro del poder de los que detentan los títulos judiciales de propiedad, por el otro lado la intervención estatal en el campo económico, los lineamientos esenciales de lo que podría definirse como "neo-capitalismo" son justamente los Rothschild, es decir los miembros de una de las familias que por más de un siglo han representado la esencia misma de la riqueza y del poderío financiero, de la gran banca, los que advierten con su presencia material en los núcleos más importantes de la vida económica internacional contra las generalizaciones apresuradas, los que invitan a reflexionar más cauta y objetivamente acerca del significado de supuestas transformaciones radicales o "revoluciones" en el interior del capitalismo contemporáneo que, sin embargo, no es el capitalismo de la empresa atomizada y de la libre concurrencia en el que operaron los primeros Rothschild. De todos modos, ellos han encontrado el contacto directo con el poder político justamente gracias a las transformaciones más notables que el capitalismo ha sufrido en las áreas avanzadas.

Es un hecho que cierto tipo de dirección estatal, por la fuerza misma de las cosas, se afirma desde hace una treintena de años en nuestras sociedades industriales. Las relaciones entre dirigentes políticos y administrativos y dirigentes de grandes empresas se tornan cada vez más estrechas. Las fronteras entre funciones públicas y funciones privadas parecen ser cada vez más permeables. Las carreras resultan cada vez más abiertas a felices y recíprocas reconversiones. Aunque hoy el poderío económico y político de la familia parece haber disminuido - relativamente se entiende -, de todos modos se asiste a una nueva oleada de su popularidad y también a la confirmación de la ubicación de los Rothschild en las esferas donde se asumen decisiones de gran peso para el presente y el futuro de toda la humanidad.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán.
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Andreina Rossi Monti, Paolo Zucconi

100 - Los Rothschild - El siglo XIX: Las revoluciones nacionales

Este es el sexto fascículo del tomo El siglo XIX: Las revoluciones nacionales (Vol. 2).
La lámina de la tapa pertenece al tomo El siglo XIX: Las revoluciones nacionales (Vol. 2) del Atlas Iconográfico de la historia universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 100: Arborio Mella; Embajada Británica, Roma; Sacala, Florencia; A. Zennaro

Traducción de Antonio Bonanno

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en Abril de 1970.

Los Rothschild

Giorgio Mori

1567
Isaac Elchanan distingue su casa de Francfort con el *roten schild* (escudo rojo), y se lo conoce desde entonces como Isaac zum Rotenschild, primer antepasado de los Rothschild.

1743
El 23 de febrero nace en Francfort del Meno, Meyer Amschel Rothschild. Anticuario y cambista, es el fundador de la fortuna de la familia. Convertido en consejero en asuntos financieros de Guillermo IX, *landgrave* [conde] de Hesse y dueño de una enorme fortuna mobiliaria, se dedica a vastas operaciones de crédito y asume importantes tareas de carácter cambiario y financiero.

1769
Meyer Amschel es "agente" de la corte del príncipe de Hesse-Kassel, Guillermo.

1770
Meyer Amschel se casa con Gutele Schnapper.

1773
Nace el primer hijo de Meyer Amschel y de Gutele, Amschel Meyer.

1774
Nace Solomon.

1777
Nace Nathan.

1778
Nace Kalmann.

1792
Nace Jacob, luego llamado James.

1798
Nathan, luego de trasladarse a Manchester primero y después a Londres, se naturaliza súbdito inglés, crea una gruesa fortuna comercial y a pesar del bloqueo continental declarado por Napoleón a Inglaterra, enviará productos manufacturados ingleses a Francfort, perfeccionando una reditícia actividad bancaria.

1800
Meyer Amschel es nombrado "agente" de la corte imperial de Francisco II.

1803
Meyer Amschel es "agente superior" de Hesse-Kassel.

1806
Los franceses entran en Kassel y ponen en fuga al *landgrave* Guillermo IX, protector de Meyer Amschel Rothschild.

1809
Los Rothschild logran poner a salvo en Inglaterra el patrimonio del *landgrave* exiliado de Hesse-Kassel, cerca de 600.000 libras esterlinas, depositándolas a su propio nombre en bancos ingleses.

1810
Meyer Amschel constituye con sus hijos una sociedad comercial con 800.000 florines de capital depositado.

1811
James, trasladado a París, en colaboración con el hermano Nathan hace llegar ingentes sumas inglesas al general Wellington, empeñado contra las tropas napoleónicas en España. Los Rothschild se convierten en los financiadores de los estados aliados contra Napoleón.

1812
18 de setiembre. Muere Meyer Amschel Rothschild a los 69 años.

1813
16-19 de octubre. Batalla de las naciones en Leipzig; retirada de Napoleón de los territorios del este del Rin.

1815
18 de julio. Victoria inglesa en Waterloo; la rápida adquisición de la noticia permite a Nathan jugar con la baja de los valores en Londres, y adquiere una nueva fortuna. 20 de noviembre. Tratado de paz. Los Rothschild se hallan entre los mediadores del empréstito francés para el pago de las indemnizaciones de guerra.

1818
Nathan concluye el primer empréstito bancario de los Rothschild a un estado, Prusia. Se funda la filial vienesa de la Casa.

1819
Nathan concluye dos empréstitos al gobierno inglés.

1821
Congreso de Laybach: participa en el mismo Fernando I, rey de Nápoles, y se decide la intervención austríaca en Nápoles contra los movimientos carbonarios.
Con las tropas austríacas llega a Nápoles Kalmann Rothschild, quien confiere un empréstito al soberano Borbón y funda una nueva sede bancaria.

1822
Los Rothschild son nombrados barones del imperio.
Nathan Rothschild realiza un empréstito al zar de Rusia de 6.500.000 libras esterlinas. A continuación tendrá relaciones financieras con Brasil y los Estados Unidos.

1825
La sociedad Rothschild cierra el balance en Francfort con un capital de 102.050.000 de francos (contra los 42.000 de siete años antes).
La sede Rothschild de París envía a Londres 400.000 libras esterlinas de oro, salvando tal vez de la crisis a la Banca de Inglaterra.

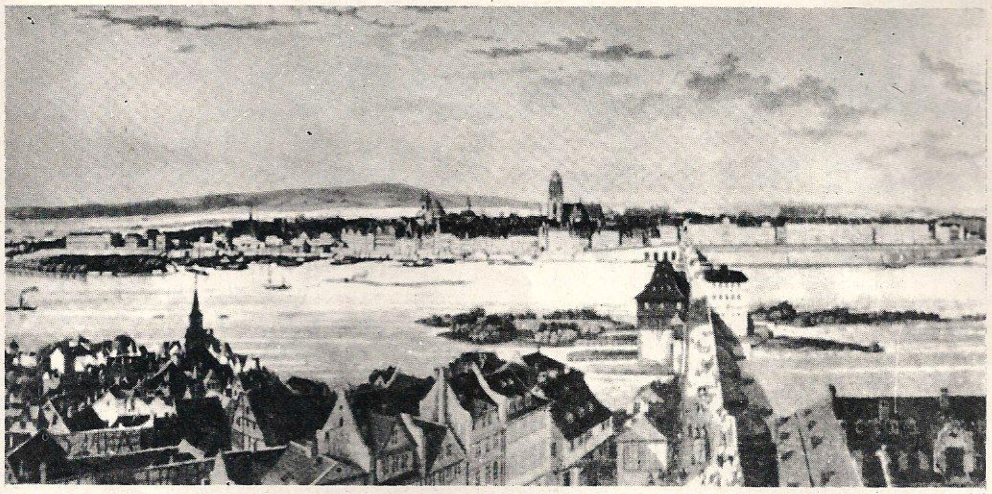
1830
Estalla en Francia la revolución de julio, que reporta a los Rothschild graves pérdidas en el sector bancario.

1831
Fin de la revolución de julio. El salón de James Rothschild, ahora administrador de los bienes de Luis Felipe, reúne a intelectuales y artistas de toda Europa.

1832
El papa Gregorio XVI, después que el Estado pontificio contrajera un empréstito de 3 millones de piastras con los Rothschild, recibe a Kalmann y le confiere el Gran Cordón y la Cruz de San Jorge.

1836
28 de julio. Muere Nathan Rothschild.
26 de agosto. Entra en funcionamiento la línea París-St. Germain, el primer ferrocarril financiado por un Rothschild.

1846
Junio. Se inaugura la línea París-Lille-



1

Naftali Hirz zum Rotenschild
(m. 1685)

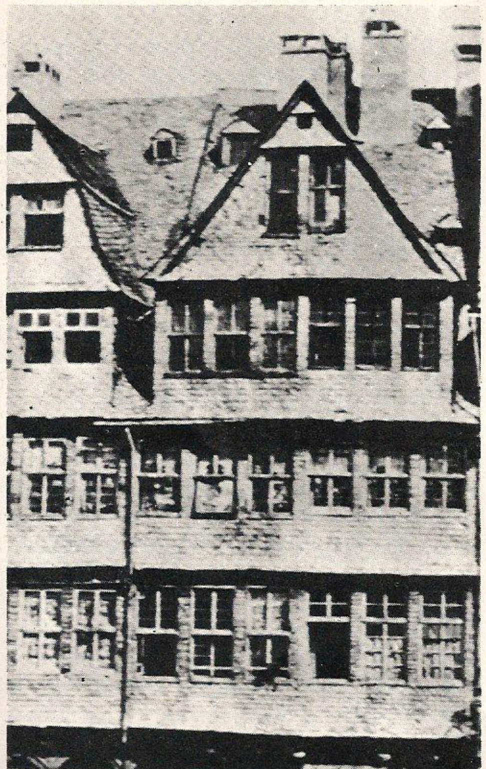
Kalmann
(m. 1707)

Moses Kalmann

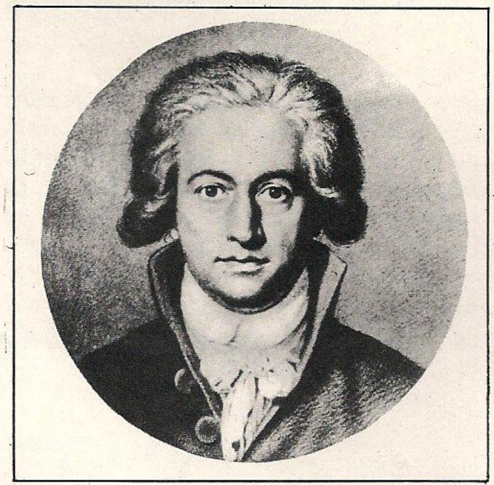
Meyer Amschel
(1744 - 1812)

Amschel Meyer (1773 - 1855)	Solomon (1774 - 1855)	Nathan (1777 - 1836)	Kalmann (1788 - 1855)	(Jacob) James (1792 - 1868)
FRANCFORT	VIENA	LONDRES	NAPOLES	PARIS

2



3



4

1. La ciudad de Francfort en el siglo XIX. Francfort, Museo histórico de la ciudad.

2. Árbol genealógico de los Rothschild.

3. La casa de los Rothschild en el ghetto de Francfort.

4. Goethe. Grabado de Lips.

5. La Judengasse de Francfort en la época de los Rothschild.

Dunkerque, la mayor empresa ferroviaria con participación Rothschild.

1848
10 de diciembre. Depuesto el rey de los franceses, Luis Felipe, los franceses eligen como presidente de la República a Luis Napoleón, apoyado por James Rothschild. Los Rothschild comienzan una cauta política de inversiones en empresas industriales y sobre todo ferroviarias, y bajo el Segundo Imperio registran un notable reflorecimiento.

1849
James Rothschild financia el primero de tres empréstitos al gobierno piamontés, auspiciado por el ministro de Finanzas Constantino Nigra. Gutele, madre de los cinco hermanos Rothschild, muere a los 94 años en el *ghetto* de Francfort, del que nunca se había movido.

1850
Los Rothschild pierden la licitación para la financiación de un gran empréstito al gobierno francés.

1852
Tanto en el reino de Cerdeña como en Francia, los gobiernos ponen freno a las extraordinarias ganancias de los bancos Rothschild, desviando los empréstitos y bajando las tasas de descuento. En Francia se funda, con el auspicio de los Péreire, la *Société Générale de Crédit Mobilier.*

1852
21 de noviembre. Luis Napoleón es emperador de los franceses.

1855
Mueren en breve lapso entre sí Kalmann, Solomon y Amschel Meyer Rothschild.
Los Rothschild de Viena adquieren el ferrocarril lombardo-véneto y la línea Viena-Trieste.

1867
Los Péreire, renunciantes al consejo de administración del *Crédit Mobilier,* salen derrotados en la gran lucha entre bancos tradicionales (Rothschild) e institutos de crédito fundados con el ahorro público.

1868
15 de noviembre. Muere James Rothschild, último de los cinco hijos de Meyer Amschel.

1874
El balance de la Banca Rothschild registra la cifra de 900 billones de francos.

1875
Los Rothschild participan en la financiación del canal de Suez.

1901
Clausura de la casa matriz de Francfort del Meno.

1931
Clausura de la filial de Viena. Quedan activas las filiales de París y de Londres, pero los Rothschild sólo son accionistas.

Los Rothschild entre nosotros

Luego de la prolongada clausura a continuación del segundo conflicto mundial, el *bullion market*, el mercado de oro de Londres, fue reabierto con el consenso del Fondo Monetario Internacional a partir de 1954. El *fixing*, el precio que diariamente se establece para el precioso metal sobre cuya función en las transacciones internacionales tan ardiente e incierta es actualmente la polémica, es determinado nuevamente

nativa posible con respecto al periplo del continente africano por parte de los petroleros para el transporte del precioso líquido a Europa, la conclusión de la noticia de la agencia adquiere un relieve aún más destacado: "... En ambientes informados —así dice la misma— se dice que las tratativas para la instalación del oleoducto se hallan en buen punto. El magnate francés Edmund de Rothschild, que encabeza la sociedad propietaria del actual oleoducto

nosamente a las cotizaciones precedentes y más alto aún. Y si bien es exagerado afirmar que Nathan fue el verdadero vencedor de Waterloo, de todos modos es indiscutible que se halló entre los vencedores y que fue, con toda probabilidad, el que obtuvo los mayores beneficios con respecto a cualquier otra persona privada.

Un Rothschild en cada capital

Parecía casi lógico, fatal se podría decir, que los banqueros que habían dado una contribución poderosa a la victoria de las potencias europeas sobre Francia debieran también ser los banqueros, personajes indispensables tanto después como durante el curso de un conflicto de tan larga duración, de los vencedores y de su contrastante asociación, la Santa Alianza. En cambio, una vez pasada la tormenta, al menos en el continente, ya no fue posible mantener las posiciones conquistadas, las relaciones establecidas anteriormente sobre bases aparentemente sólidas. En el fondo, los Rothschild eran los hijos de un oscuro comerciante de la *Judengasse* de una ciudad alemana, es decir, eran judíos que se habían enriquecido, sí, pero que no podían dejar de ser tales. Y en el mundo de la Santa Alianza, y en especial en el corazón de lengua alemana, antes, en aquel momento y después, los judíos nunca tuvieron vida fácil ni tranquila. Pero, como veremos, los Rothschild eran los Rothschild. Hacia 1817 ellos podrán agregar a su apellido un ennoblecedor *von* y sólo cinco años más tarde serán nombrados barones del Imperio. También sus correligionarios obtendrán beneficios nada despreciables, pero el arduamente trabajado y largamente suspirado blasón se tornó útil para darle a los negocios de la Casa dimensiones tales que ni siquiera el más optimista de los cinco habría podido hipotetizar un par de lustros antes. En realidad, la posición de ellos no era de las más cómodas. Tres de ellos operaban en el área dominada por las monarquías absolutas, expresiones del antiguo mundo aristocrático-terrateniente que parecía haber desarrollado nueva savia y vigor con la victoria sobre Napoleón. Uno, Nathan, tenía el centro de sus intereses, y la residencia, en la dinámica Inglaterra del triunfo del maquinismo y de la revolución industrial. El último, James, en París, se hallaba como se ha escrito en el país-bisagra entre estos dos grandes bloques que la lucha antifrancesa había unido momentáneamente. Y en cualquier caso la diversa ubicación de los mismos se sintió en el tratado y en la definición de negocios de notable relevancia. La cercanía, la familiaridad y a veces la comunión de intereses con gobiernos y soberanos que generalmente hacían más fáciles y rediticios aquellos negocios, presentaban justamente en algunas ocasiones también la parte negativa que no podía permanecer sin consecuencias, aunque en realidad debe decirse que fueron las agradables las que prevalecieron. Así, en los años siguientes a la Restauración, las mayores fuentes de ganancias para los Rothschild se derivaron de la asunción y colocación de empréstitos públicos que la mayor parte de los Estados debieron contraer para reordenar las finanzas descompaginadas por la larga guerra, por los golpes de Bolsa técnicamente similares a aquel que siguiera a Waterloo si bien de dimensiones más reducidas, por el comercio de metales preciosos y de divisas, por las intervenciones especulativas de todo tipo.

Al menos hasta la mitad de la década de 1830, y por mucho tiempo después, de ninguna manera es posible ver a los Rothschild como auténticos y convencidos sostenedores del esfuerzo industrializador que, nacido en Inglaterra, se extendía manifiestamente en el continente. Decir Rothschild en aquella época significaba banqueros de los Estados, clientes de toda confianza, rediticios. Ciertamente, a quien recuerde por un momento las fascinantes páginas de Marx sobre la función de la deuda pública como instrumento de exaltación y de consolidación del capitalismo en desarrollo, las dos líneas podrían no parecerle contradictorias. Y en sus resultados finales las mismas no lo fueron. Pero es indudable que entre la dura, casi feroz determinación de la burguesía industrial, el febril y a veces utópico arrojo de los adeptos de Saint-Simon por una parte y el circunspecto enfoque de los Rothschild, por la otra, puede y debe captarse alguna diferencia, por lo menos de colocación, de tiempos y de convicciones. Sin embargo, si se deja de lado el caso inglés, los años inmediatamente siguientes al retorno al trono de las monarquías implicadas en la borrasca napoleónica parecieron no prometer nada de positivo para los emprendedores hermanos justamente en el sector de las finanzas públicas.

El primer gran negocio de la Restauración fue la colección de fondos que le eran necesarios a Francia para el pago de las indemnizaciones de guerra a los vencedores, cerca de 700 millones de francos en base al tratado del 20 de noviembre de 1815. Nathan, desde Londres, había tratado de allanarle el camino al hermano de París anticipando por intermedio de Herries 200.000 libras esterlinas (cerca de francos 5.000.000) a Luis XVIII, quien deseaba volver a la capital con gran pompa. Pero la dirección de la operación y del reparto de las cuotas a los banqueros individuales del sindicato que la sostenía fueron confiados a otros, y precisamente a los Baring de Londres y a los Hope de Amsterdam; en los cuatro años necesarios para realizar la empresa, James logró obtener por la colocación solo algún millón de 5% de renta. Pero las exigencias de los Estados, también de Francia, parecían no tener fin, y también en el continente los Rothschild, poniendo en el juego todos sus recursos y posibilidades, lograron hallar la llave justa para abrir nuevamente la puerta dorada de las finanzas públicas. Una vez más es probable que haya resultado decisivo el peso de Nathan quien, además de asumir el compromiso de dos empréstitos al Tesoro inglés de 19 y de 5 millones de libras esterlinas en 1819 y en 1820 respectivamente, urgía continuamente y no sin éxito para que el gobierno inglés interviniera ante el de Francia en apoyo del hermano. En efecto, el embajador francés en Londres, Osmond, escribía al primer ministro Richelieu en la primavera de 1818: "... Lord Castlereagh me ha pedido que os escribiera en favor de este banquero que, según me ha dicho, siempre se ha mostrado dispuesto a conceder, para la buena causa, el socorro de su crédito". Por otra parte, había sido el mismo Nathan quien había concluido el primer empréstito Rothschild a un Estado, Prusia, si bien luego de borrascosas pero breves tratativas, en 1818. Ya el anciano Meyer Amschel había realizado un negocio similar con Dinamarca en 1810. Pero el monto del negocio, 400.000 táleros (cerca de 70.000 libras esterlinas) en este caso, contra 5 millones de libras esterlinas en el caso prusiano, autoriza a ver al último de los empréstitos en los términos antes mencionados. El empréstito fue garantizado con los bienes del soberano y fue emitido al 5% y a 72,75 respecto al nominal, y se reveló como un óptimo negocio, si es cierto que llegó a menudo a cotizaciones muy cercanas a la par, pero sin embargo se lo debe recordar especialmente porque, a diferencia de lo que se acostumbraba hacer hasta entonces en cuanto al pago de los intereses, que tenía lugar en épocas no siempre prefijadas, en cursos inciertos ya que estaban sometidos a las fluctuaciones de los cambios y, como regla, en las capitales de los Estados beneficiarios, Nathan tuvo la idea, simple pero nueva, de exigir el pago siempre y en todos los casos en Londres, a un curso fijo y correspondiente al valor de la libra esterlina. Con este hallazgo técnico que daba mayor seguridad al ahorrista, mientras consolidaba también la supremacía rothschildiana en el mercado financiero más importante del mundo, Londres, parece ser que los Rothschild lograron ubicar en 1830 empréstitos por algo así como 120 millones de libras esterlinas en Londres y 50 millones en París.

En tanto, también los otros hermanos, repuestos de la amarga sorpresa que les causara el escaso reconocimiento manifestado por los soberanos restaurados, se daban a la tarea. James, en la capital francesa, debía haber acertado algún buen tiro —pero también puede ser que haya deseado mostrar todo su poderío— si, en el curso de 1818 había cambiado dos veces su sede, estableciéndose finalmente, hacia fines de año en el gran palacio de *rue* d'Artois (ahora *rue* Laffitte) en el que había vivido Fouché; se lo había comprado a éste, junto con la gran finca de Ferrières. Solomon y Kal-

mann, este último desde hacía poco casado con Adelaide Hertz, se encontraban en aquellos días en Aquisgrán donde se hallaba reunido un congreso de las potencias vencedoras de Francia para discutir acerca del nuevo ordenamiento a darse a la liquidación de las indemnizaciones y para definir los términos de la amplitud y de la duración de la ocupación del territorio francés por parte de sus ejércitos. En la ciudad alemana, con los diplomáticos de todas las potencias mayores, también habían afluido los exponentes más conspicuos y representativos del mundo bancario europeo. Los resultados conseguidos por los dos hermanos no fueron, por el momento, de dimensión excepcional. Empeñados en sostener los intereses de las numerosas pequeña cortes alemanas, a las que hacían empréstitos habitualmente desde la sede de Francfort, encabezada por Amschel Meyer, ellos quedaron en buena medida fuera de las conversaciones acerca de los grandes temas en discusión, y en las cuales las cuestiones políticas y dinásticas, diplomáticas y financieras eran difícilmente delimitables. Las divertidas crónicas contemporáneas acerca de la poca suerte que tuvieron en los contactos con el refinado *milieu* del congreso, acerca del embarazo que demostraron al acercarse a este o a aquel gran personaje, tienen ahora un significado aún menor que otras, posteriores, según las cuales las cosas fueron muy diferentes; las mismas atribuyen a los dos hermanos, conjuntamente con James, la paternidad de sorprendentes y difícilmente comprobables operaciones de baja sobre la renta en la bolsa de París, que habrían provocado un más benigno trato de los destacados y orgullosos políticos de Aquisgrán. Resulta en cambio incontrovertible que fue justamente en esta ocasión, por embarazados o tímidos que se hubieran mostrado, que los dos lograron un éxito no digamos típico de los Rothschild sino de la costumbre que existía entonces en las relaciones entre banqueros y hombres de estado. Ellos lograron, para decirlo que toda claridad, comprarse la simpatía y el apoyo de Friedrich Gentz, secretario de Metternich, que era un hombre literalmente hambriento de dinero por el muy dispendioso tren de vida que le imponía la convivencia con una célebre compañera, la bailarina Fanny Essler: quen lea ahora la nota biográfica "Rothschild" en la edición de 1826 de la *Allgemeine Deutsche Realenzylopädie für die gebildeten Stände* publicada por Brockaus comprenderá más fácilmente el por qué de tanta simpatía para con los protagonistas de la nota cuando sepa que el autor, que no había firmado el texto, fue justamente Friedrich Gentz, quien parece ser que también en esa ocasión fue cálidamente recompensado por los interesados. Más aún: parece ser que tampoco Metternich fue del todo insensible a los argumentos fascinantes de los emprendedores hermanos; es cierto que en 1822 ellos le prestarán 900.000 florines, reembolsados a su vencimiento, en 1827. La vía para las finanzas austríacas estaba abierta, y no fue por azar que desde 1821, año en que Kalmann fue a establecerse a Nápoles, Viena tuviera una sede autónoma de la Casa, con Solomón a la cabeza (a París la autonomía se le había otorgado en 1818). Y tal vez tampoco fue por azar que al año siguiente les llegara el ambicionado nombramiento que los elevaba a barones. Poco después también de Viena comenzaron a llegar noticias cada vez más gratas a la *mishpahá*; primero fue un préstamo, luego una compleja operación especulativa en base a una vieja deuda austríaca para con Inglaterra, que conseguida por los buenos oficios de Nathan ante Wellington, determinó un alza de la renta austríaca de la que Solomon había procedido a adquirir grandes cantidades antes de que circulara la noticia. Luego también préstamos, en consorcio o solos, y en los casos como estos últimos en condiciones particularmente favorables, pero rediticios también y sobre todo por la experimentación y los concretos frutos de las modalides de lanzamiento y de colocación. Que eran las del denominado empréstito-lotería, que proveía la amortización de cierto número de acciones cada año con un premio a las que eran extraídas. Un sagaz fraccionamiento en la oferta permitía a Solomon lucrar una parte de los premios para los títulos extraídos que quedaban en su poder e imprimir un movimiento hacia el alza en los cursos, lo que consentía vender los restantes a precios mayores. Se dice que Rothschild confesó más tarde a algunos amigos haber ganado más de 6 millones de florines con solo dos préstamos, uno de 20 y uno de 35 millones. En tanto, debía resignarse a vivir en una habitación de hotel, en el "Römischer Kaiser", dado que también la ley austríaca prohibía a los judíos, y por el momento también a un Rothschild, ser propietarios de inmuebles. Así, también Solomon había alcanzado una posición eminente en otra de las grandes capitales de la Europa de la restauración. James seguirá a él y a Nathan sólo poco tiempo después, en 1824, cuando se casará con Betty, hija del hermano de Viena, su prestigio y su poderío en el mundo financiero y político parisino serán ya comparables a los de los miembros de la familia establecidos en Londres y en la capital del imperio austríaco.

Ya hacia fines de 1818 había sido llamado a integrar el muy restringido grupo de firmas bancarias parisinas que había asumido el prestigioso compromiso de salvar a los agentes de cambio de la amenaza aparentemente inevitable de la continua rebaja de los cursos de los títulos que, como hemos mencionado, algunos biógrafos de los Rothschild atribuyen a sus masivas ventas decididas para "castigar" a los grandes financistas internacionales que los mantenían fuera de los rediticios negocios que se trataban en torno a Aquisgrán en aquella época. Sin embargo, también en 1821 James había debido sufrir una cruel derrota en ocasión de una subasta para la asignación de 12.500.000 de renta, que fue ganada por el grupo Delessert, Hottinguer, Baguenault, no obstante la ayuda de Nathan, venido a París personalmente para asistirlo en una ocasión tan importante. Dos años más tarde, James lograba devolver el golpe: vinculado con doble propósito al nuevo primer ministro *ultra* Villèle, que odiaba a los banqueros liberales y protestantes, logró hacerse adjudicar con un procedimiento, que de público solo tuvo la forma exterior, un empréstito de 23 millones de francos. Pero ya en 1821 había asumido, con una masiva comisión, la carga de la emisión de 120 millones de francos en bonos del tesoro. En tanto, siempre al unísono con Villèle, estaba preparando una operación que, una vez llegada a buen término, habría permitido ganancias de la importancia de aquellas de las riesgosas iniciativas del período bélico: la conversión de toda la deuda pública francesa, es decir, la unificación de los préstamos en curso de amortización con relativa disminución de la tasa de interés.

La idea, que en términos variables pero bastante similares reflejaba una tendencia generalizada en los Estados europeos, que se proponían así aligerar el gravoso cúmulo anual de intereses pasivos, amargo fruto de las repetidas a la vez que pesadas emisiones necesarias para el reordenamiento de las finanzas luego del fin de las guerras, parecía que no debía contrariar siquiera las exigencias de los nuevos grupos industriales, quienes, mientras la inversión en títulos públicos rindiera el 5 o más por ciento, difícilmente habrían podido reclamar la atención de los ahorristas sobre sus propios proyectos. Por otra parte, al menos en Francia, la misma no debía parecerle mal ni siquiera a la aristocracia, a la que se le había prometido, también en relación con el buen resultado de la conversión, el famoso "billón de los emigrados", es decir, una especie de parcial indemnización por las expropiaciones sufridas en el período revolucionario. La operación, en su conjunto, tuvo lugar en el curso de la discusión parlamentaria de 1825. Sin embargo, al año siguiente la misma fue realizada para un tercio de la masa de los títulos y a tasas variables. Además el solo hecho de haberla concebido da la pauta de cuál era ya el horizonte sobre el que también James se movía, ayudado si se desea, pero también ello es significativo, por los vínculos no solamente morales que le unían a Villèle.

También Kalmann se había hecho una posición, como se acostumbra a decir. En el verano de 1820 habían estallado en el reino de las dos Sicilias movimientos carbonarios que habían impuesto al Borbón la promul-

gación de la Constitución. La revolución napolitana podía determinar consecuencias bastante graves, en el resto de la península para la estabilidad del orden organizado por el Congreso de Viena que había garantizado de hecho el sustancial predominio austríaco. Metternich se proponía intervenir militarmente, pero el sutil juego diplomático entre las grandes potencias no permitió tomar inmediatamente una solución de ese tipo. Fueron necesarios algunos meses y dos congresos, el primero en Troppau y el segundo en Laybach y a este último también fue enviado el rey de Nápoles, Fernando I, para que Austria lograra tener vía libre. Una vez tomada la decisión, de todos modos, los sucesos se precipitaron y el 23 de marzo de 1821 el ejército austríaco, guiada por el general Frimont, entraba en Nápoles. Con él, procedente directamente de Laybach y luego de una breve detención en Florencia para una primera conferencia con el príncipe Ruffo, presidente del consejo de ministros del soberano Borbón, llegaba Kalmann a la ciudad —había sido el mismo Meternich quien había solicitado el viaje de un Rothschild a Nápoles—. Apenas llegado, se le informó que ya se le habían hecho al gobierno restaurado diversas ofertas por parte de banqueros, franceses como los Laffitte, romanos como los Torlonia, napolitanos, para los empréstitos que serían indispensables para el mantenimiento de las tropas de ocupación y para subvencionar las condiciones poco florecientes de las cajas estatales. Kalmann, que se sentía fuerte por el apoyo de Austria y el poderío económico de su familia y por lo tanto podría haberse extralimitado en sus ganancias, no deseó llegar a tanto.

Tuvo naturalmente el primer empréstito de 16 millones de ducados (más de 60 millones de francos franceses) pero cedió una parte para su colocación a algunas casas bancarias locales y francesas. Las condiciones de emisión fueron muy onerosas: 60 ducados por cada 100 de valor nominal menos el 3 % del importe por gastos de comisión, transporte del dinero y riesgo. Luego, decidida la institución de una sede napolitana para los negocios Rothschild, Kalmann comenzó a trabajar solo. En una primer momento únicamente con la corte de Nápoles. No mucho más tarde vinieron los negocios con el Estado pontificio.

También en la península itálica, entonces, se hallaba presente una ramificación estable de la *mishpahá.* Sin embargo, los cinco infatigables hijos de Meyer Amschel no se contentaban con su ya vasto campo de acción. Inglaterra, Francia, Austria, Prusia, Dinamarca, Estados menores de Alemania, Estados italianos, eran ya terreno sólido bajo el peso cada vez mayor del oro de los Rothschild. Pero en el curso de los años de la década de 1820 los hallamos en acción también en España, un país en el cual no sólo hallaron varias dificultades para conducir a buen término sus negocios, sino también donde terminó por manifestarse el primer disentimiento afectivo entre la sucursal inglesa y las otras, la vienesa en particular que, fuertemente vinculada a Metternich difícilmente podía aceptar, y tampoco comprender, el deseo de Nathan de ayudar financieramente a los enemigos del absolutismo en la península ibérica. Luego, en 1822, el hermano inglés logró batir a la fortísima competencia y asegurarse un empréstito de 6.500.000 libras esterlinas para la corte zarista de Rusia que emitirá a 77 sobre 100 de valor nominal. Dos años más tarde el mismo Nathan concedió un crédito a Brasil y, algunos años después, también realizó contactos con el mercado financiero de los Estados Unidos. Por su parte, Amschel Meyer, el único de los hermanos que había permanecido en Francfort, la sede de la casa matriz donde todos los años se reunían para disponer los balances, según los documentos del archivo en su momento estudiados por Berghöffer y ahora destruidos, colocó entre 1817 y 1830 alrededor de 44 empréstitos en la "zona" que de hecho le parecía reservada, Alemania. El importe total de tales operaciones alcanzó los 30 millones de florines (cerca de 75 millones de francos). El poderío económico de los Rothschild era, en la vigilia de 1830, de dimensiones y de altura casi mundial. ¿No fue solamente por un providencial envío de 400.000 libras esterlinas en oro de la sede Rothschild de París a la de Londres que, en ocasión de la gran crisis financiera de 1825, el Banco de Inglaterra —y el Banco de Inglaterra era el ombligo del mundo económico de la época— "no debió suspender sus pagos"? Las palabras sobre comillas fueron pronunciadas por un personaje que hablaba con fundamento: Wellington.

A un nivel similar se acercaba también su poder de influir en las decisiones de los gobiernos y de las clases políticas.

Acumulada una fortuna de dimensiones sin precedentes —el balance de la sociedad cerrado en Francfort en 1825 indicaba en 102.050.000 de francos el monto del capital que apenas siete años antes ascendía a alrededor de 42 millones—, (pero la cifra real era tal vez más notable) en el curso de los turbulentos años de la guerra y de la postguerra, ellos, los Rothschild, se habían convertido ahora en los más ardientes sostenedores de la paz. De una paz de tipo particular, es obvio; de una paz que significara el *status quo* y la perduración por tiempo indeterminado del equilibrio mantenido por y bajo el control de la Santa Alianza en el continente y por Inglaterra en el gran comercio internacional. Siempre prontos a seguir, y he aquí uno de los motivos del éxito de ellos y de la larga duración del mismo, el criterio que según las palabras de su cortés biógrafo, Gentz, era el de "avanzar con los tiempos y no tratar de detener el movimiento de los mismos". En sus relaciones con la clase política y en la búsqueda de amistades y de apoyo, con todos los medios, de los personajes más influyentes, dos eran por lo tanto los motivos inspiradores: conseguir y mantener amplios márgenes de seguridad para los negocios que contraían; impedir en la medida de lo posible imprevistas y catastróficas transformaciones que, al no ser previsibles, podían dañarlos. Ellos, en suma, no adquirían al azar ni al azar ofrecían sus servicios. Ya se ha observado cuánta influencia había ejercido sobre sus fortunas el afirmarse de personajes como Buderus o Gentz. Sin embargo, también es cierto que la obra de persuasión que realizaban no se detenía en las segundas filas. En este sentido, la amistad de un Metternich, fruto de una operación no tan venal como la realizada con Gentz, es naturalmente la más representativa. Pero un hombre del peso de John C. Herries lo fue menos sólo en el nombre: se puede presumir por más de un indicio que él no era insensible a la única música que le agradaba a Nathan, la de las monedas de oro que una vez él hizo tintinear como única respuesta a un músico que le preguntaba cuál era su género musical preferido. Tampoco Villèle, primer ministro de la Francia de la Restauración, debe haber sido hombre de intereses muy diferentes. Y yo no puede definirse como fábula la condición que Kalmann propuso al Borbón de Nápoles a su regreso de Laybach, en el sentido de asumir al conde Luis Médicis como ministro si deseaba realmente que él, un Rothschild, le prestara el dinero necesario para el mantenimiento de las tropas austríacas y para la restauración de las finanzas estatales. En el curso de la tercera década del siglo James se había convertido en administrador de los bienes de Luis Felipe de Orleáns; un cargo que él no abandonó ciertamente cuando su cliente se convirtió en rey de Francia. Más tarde, en el inquieto bienio 1839-40, cuando Bélgica había adelantado explícitas reivindicaciones territoriales por Limburgo y Luxemburgo y amenazaba con recurrir a las armas —aquella Bélgica que se puede decir que los Rothschild habían bautizado como Estado independiente apenas siete años antes, proporcionándole en los primeros meses el dinero necesario para organizar sus propias finanzas— ¿no escribió Solomon desde Viena al propio representante de Bruselas que era inútil que los gobernantes de aquel país le solicitaran dinero si antes no abandonaban todo reclamo por los antes mencionados territorios? "... Nuestra buena voluntad —así sonaba la poco diplomática prosa de Solomon Rothschild— no sabría llegar al punto de proporcionar el dinero que permitiera el estallido de una guerra y que destruyera el crédito que nosotros protegemos con todas nuestras fuerzas. Esto es lo que podré manifestar a aquellos señores [el gobierno belga], con toda franqueza, libremente y con fuerza ..."

1

2

3

Los Rothschild en la revolución industrial

La revolución de 1830 en Francia y las subversiones que agitaron a Europa en aquel año y en el siguiente, no influyeron demasiado en la potencia financiera y política de los Rothschild. En el caso de Francia, además, el nuevo rey, Luis Felipe, estaba en óptima relación de negocios con ellos, y el primer ministro era en suma un colega, tratándose de aquel Laffitte que, asumido el poder, pronunció aquella frase: "Desde hoy reinan los banqueros" que, retomada por Marx en el ensayo sobre *Las luchas de clase en Francia desde 1848 a 1850,* ha gozado de perenne celebridad. Aún mejor debieron andar las cosas con el sucesor de Laffitte, Perier, cuyo nombre se dice que fue indicado a Luis Felipe justamente por James Rothschild. Lo que no debía estar muy alejado de la verdad si es cierto, y ello fue escrito con todas las letras, que él logró hacerle modificar el texto de una nota diplomática enviada a Austria en ocasión de su intervención en el Estado pontificio en un momento en el cual aun un adverbio o un adjetivo no suficientemente meditado podía comportar graves riesgos de guerra. Fuera de Francia, hasta el trono pontificio había sido intimado por los Rothschild, a través de la circunspecta mediación de Metternich, en el sentido de no desatender el compromiso asumido con la firma del contrato por un empréstito de 3 millones de piastras (francos 16.200.000) en condiciones particularmente pesadas: "Nosotros —escribía James— debemos contar con que la Santa Sede tenga exacta conciencia de las cláusulas contractuales y de la medida considerable en que su crédito dependen de la ejecución y puntualidad de las mismas. No habría más crédito posible para ella ni se debería esperar ayuda del exterior si se descuidara aún en grado mínimo la observancia de estas obligaciones o si se verificara el mínimo retardo en el cumplimiento de las mismas".

A poco más de un mes de la fecha de esta carta, el 10 de enero de 1832, por toda respuesta a James y al rumor elevado por la cristiandad por la relación de negocios establecida con un judío, Gregorio XVI recibía en audiencia a Kalmann Rothschild, que se había encargado de la operación, le confería el gran Cordón y la Cruz de la Orden de San Jorge y se dejaba besar la mano y el pie. Así, mientras en el terreno de los negocios de empréstitos públicos, continuos y en condiciones muy favorables, comercio de metales preciosos, arbitrajes, especulaciones con cambios, transacciones comerciales de gran importancia habían llegado los Rothschild a una posición de control y de primacía, también su capacidad de influir en las decisiones de los hombres políticos había crecido proporcionalmente. Heinrich Heine llegado a París, luego de la derrota de la revolución del 1º de mayo de 1831, con Ludwig Borne y que se había convertido en asiduo concurrente a la casa de James, donde hallaba a menudo a Joaquían Rossini y a Jacobo Meyerbeer, parece ser que dijo una vez —y no es seguro que ello ocurriera en ocasión del cobro de una de aquellas subvenciones que James de tanto en tanto le pasaba y que no coincidían casi nunca con los imprevistos cambios de humor del poeta con respecto a Rothschild— que este último le parecía "uno de los mayores revolucionarios del mundo, venido a destruir la hegemonía terrateniente elevando a la cumbre el sistema de los títulos de estado". Y por otra parte, para subrayar la convicción bastante difusa de la omnipotencia de los banqueros en aquel período, ¿no se pueden leer en el *Don Juan* de Byron versos como los siguientes?

Who hold the balance of the world? Who reign
O'er congress, whether royalist or liberal?
Who rouse the shirtless patriots of Spain?
(That make old Europe's journals 'Squeak and gibber' all)
Who keep the World, both old and nev, in pain
Or pleasure? Who make politics run glibber all?
The shade of Buonaparte's noble daring?
Jew Rothschild, and his fellow-Christian, Baring (canto XII).[1]

El reino de los hombres de banca parecía realmente asumir las connotaciones del milenio. Todos los recursos monetarios negociables, formados en el área europea o en otros lados pero que allí se concentraban, aparecían movilizados en la gigantesca zarabanda de las numerosas y todas proficuas operaciones imaginadas por ellos. Pero nuevas realidades, largamente maduradas en lo profundo, surgían visiblemente para indicar amplias, inesperadas, contrastadas modificaciones en un cuadro tal. El punto de partida de las mismas había sido Inglaterra, pero también en el continente aparecían de alguna manera en modo claramente distinguible. Eran efectivamente los años en torno a 1830 aquellos en que las fábricas concentradas y las máquinas que en número creciente se habían estado instalando, habían llevado en Inglaterra, y estaban llevando también en Europa, al escenario a un novísimo tipo de burgués, el industrial. A continuación del cual, por el momento sólo advertible en raras ocasiones, aumentaba en forma creciente el ejército proletario. En el continente más que en Inglaterra las nuevas iniciativas que presentaban señales muy prometedoras estaban obviamente necesitadas de capitales monetarios que no podían provenir, al menos en la medida necesaria para afrontar las continuas sugerencias de la ciencia y de la técnica, del poderoso canal que tantos notables sucesos había consentido, en la isla británica, la autofinanciación. Hubo entonces en Europa quien habló de "magia del crédito" y nunca tal expresión se mostró tan apropiada, si bien

no de inmediato. Sin embargo, tanto de un lado como del otro de la Mancha, más de una tentativa se realizó para utilizar aquella "magia" en favor del crecimiento industrial. Con poco éxito, justamente, pero era bien claro lo que las mismas podían significar. Una posible distracción de fondos de la tradicional colocación en títulos públicos, el lento agregarse de una clase industrial con intereses y necesidades en el plano económico como en el de la dirección política, bien diversos y en buena medida contrastantes con los de los hombres de la gran banca y por lo mismo también con los de los Rothschild. Además, lo que a muchos contemporáneos debió parecerles un inocuo juguete para adultos o, en más de un caso, el anuncio de próximas, inevitables desventuras, la locomotora a vapor sobre vías de hierro se estaba revelando como una potencial, inquietante devoradora de capitales. El tradicional campo de acción de los Rothschild parecía así, si no restringirse, encontrarse obligado a compartir con los recién llegados, la industria, el ferrocarril, los favores de aquellos que detentaban riquezas invertibles. Y basta observar por un momento las tasas de emisión de los empréstitos públicos ya en el curso de los años de la década de 1830 para comprender que, en general, los viejos títulos de estado eran menos apreciados que muy pocos años antes. El proceso no fue, naturalmente, ni lineal ni rapidísimo, pero la tendencia, para quien tuviera visión, era del todo clara. Es necesario además considerar que algunas otras operaciones financieras típicas de la fase precedente al primer éxito del esfuerzo industrializador, como especulaciones sobre los cambios, oportunidades de obtener provecho del conocimiento anticipado de noticias importantes, dificultades para el transporte de la moneda, también estaban perdiendo buena parte de su relieve luego de los nuevos descubrimientos y sus relativas aplicaciones (ferrocarril, nave a vapor, telégrafo, aumento notable de la circulación de papel moneda y de los títulos de crédito). No solo ello. Las mismas características de los riesgos de la inversión se modificaban profundamente. Modestos los relativos a los títulos de estado, tanto por las férreas garantías que los cubrían como por la relativa brevedad de las operaciones de reembolso con respecto a los tiempos de la erogación material de las sumas; mucho más difícilmente evaluables, menos seguros y en cierto sentido aún misteriosos, los que se derivaban de empréstitos a ciudadanos privados que, individualmente o en grupo, se daban a la aventura industrial para la cual, sin considerar otras condiciones, la amplitud del período de exposición del capital era mucho mayor, y mucho más inseguros los resultados. Era en realidad un mundo de implicaciones totalmente distintas de las de la época inmediatamente anterior el que se estaba delineando.

4

1. Solomon Rothschild. Viena, Biblioteca Nacional.

2. Kalmann Rothschild (Radio Times H. P. L.).

3. James Rothschild (Radio Times H. P. L.).

4. El blasón de barón concedido a los Rothschild en 1822 (Paul Popper).

En la página siguiente:

1. F. von Gentz. Viena, Biblioteca Nacional.

2. El príncipe de Metternich. Viena, Biblioteca Nacional.

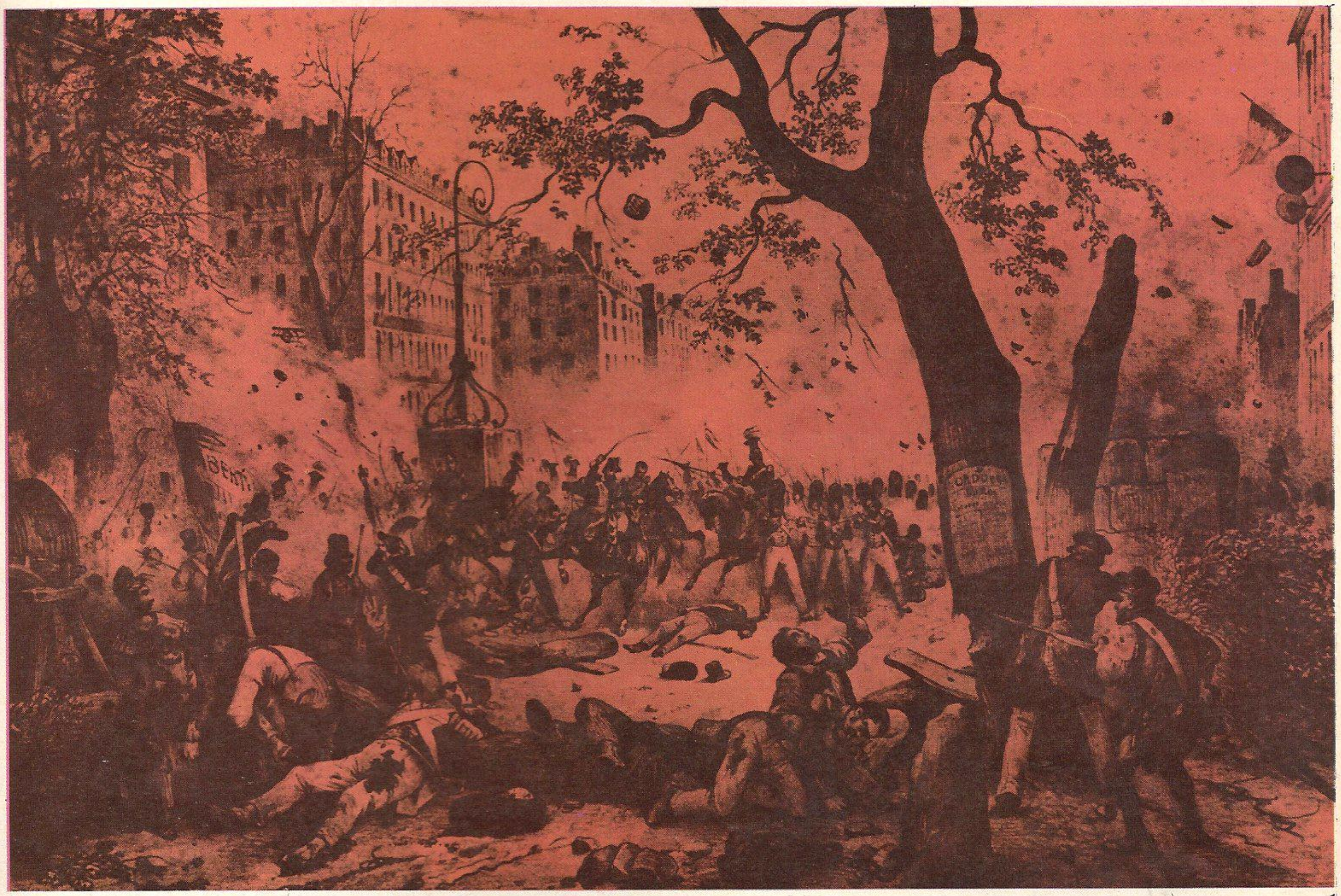
1

2

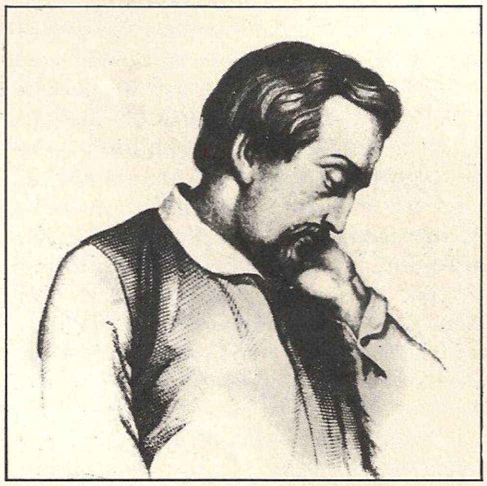
A los banqueros de *antiguo regimen* les era necesario mostrar dotes bastante relevantes de frialdad y de inteligencia para entender las novedades y evitar verse trastornados por las mismas o, lo que podía ser lo mismo, para no hallarse marginados. Los Rothschild, reducidos justamente en aquella época a cuatro —Nathan había muerto en Francfort a donde se había trasladado para las bodas de su hijo mayor Lionel con Charlotte, hija de su hermano Kalmann, el 28 de julio de 1838— se mostraron en tal sentido ejemplares hasta el límite de lo posible, una vez más. Hasta 1830 no se habían ocupado jamás de ningún negocio de financiación industrial de cierta importancia. Desde entonces en adelante la posición de los mismos se fue modificando. Primero insensiblemente y, alguno lo ha escrito, con desconfianza y con mal disimulada preocupación. Podemos agregar que también con cautela. Pero se fue modificando. Ciertamente, no por ello fueron descuidadas las operaciones favoritas en títulos de estado. Las biografías más atentas de los Rothschild aparecen, también para estos años, colmadas de iniciativas. Pero las mismas no gozaban de exclusividad. Los ferrocarriles comenzaban a interesar a los hermanos. No a Nathan, que, aún viviendo en la patria de las primeras ferrovías y de las locas olas especulativas, nunca deseará ocuparse de las mismas, al menos en primera persona y en Inglaterra. Tampoco Kalmann, que continuaba en Nápoles con su trabajo de siempre, o Amschel, siempre concentrado en la dirección de la casa matriz y en contacto con los arruinados príncipes alemanes. Serán en cambio James y Solomon los que sufrirán la fascinación de la locomotora. Y, para el parisino, pero es seguro que lo mismo vale también para el hermano vienés, hay que agregar que él aún antes de la fascinación por la locomotora debe haber quedado impresionado (no tanto por el idealismo, demasiado exaltado y original para resultarle aceptable, como por las perspectivas de espléndidas ganancias que él, muy concretamente, pudo vislumbrar) por la predicación de los adeptos de Saint-Simon, que habían estado elaborando una especie de vigorosa profecía de un nuevo mundo, el mundo del desarrollo industrial, un mundo fundado, utilicemos las palabras de Jean Bouvier, "en el ferrocarril, en la banca y en el predominio de los industriales', es decir, de todos los agentes activos de la producción de las riquezas". Y ya en el curso de la década de 1820 él había arriesgado algún prudentísimo y moderado sondeo en tal dirección al entrar en primera persona en iniciativas industriales no precisamente importantes y en algunas tentativas, en el momento abortadas, de dar vida a institutos bancarios para la financiación de actividades de ese tipo. Luego en 1835, el conocimiento más directo de un joven que conseguirá que se hable de él largamente, Emile Péreire, lo indujo a definir positivamente el proyecto de un ferrocarril París-Saint Germain, 15 kilómetros de recorrido, en el que parece ser que Péreire pensaba desde hacía tiempo. Obtenida rápidamente la concesión y comenzados los trabajos, el ferrocarril podía comenzar a funcionar el 26 de agosto de 1838. En la sociedad, que se había constituido con un capital de 5 millones de francos, James participaba con 2450 acciones por un valor de 1.175.000 francos y Péreire con 600 acciones por valor de 300.000 francos.

En tanto Solomon, que había hallado su inspirador y su consejero técnico en Francisco Saverio Riepl, un ingeniero austríaco que había vivido largos años en Inglaterra, al vencer una competencia bastante intensa había podido adjudicarse, en nombre de una sociedad fundada al efecto, la concesión del ferrocarril de Viena a Bochnia. De las 1.200 acciones de 1.000 florines cada una emitidas para la financiación del proyecto, que en la práctica terminó por resultar más costoso, el Rothschild vienés invirtió alrededor de 8.000 florines. El suceso financiero y propagandístico fue de todos modos enorme, si es cierto que en el giro de pocas semanas le llegaron pedidos por alrededor de 27.000 acciones; menos fácil resultó la construcción del ferrocarril, que en tanto había sido denominado "Ferrocarril del Norte Emperador Fernando". En 1834 el parlamento belga había aprobado una ley que establecía el principio de la construcción de una ordenada red ferroviaria por parte del Estado y, para delinear el orden de la misma, el año siguiente fue enviado a Bruselas George Stephenson. La mayor parte de los capitales requeridos para tal empresa fueron empréstitos de los Rothschild londinenses. El hijo de Nathan, y tal vez él mismo en los últimos meses de su vida, frente a una realidad que ya era innegable, se había decidido a salir, tal vez por primera vez, de su cotidiana, segurísima y rediticia práctica de empréstitos públicos, de los informes y de las especulaciones de bolsa. De todos modos debe observarse que no se trató de una intervención directa sino de una mera operación de financiación sobre cuyas garantías no podían existir dudas. En el fondo, la posición de la familia fue sustancialmente unívoca. Ya lo hemos dicho anteriormente. Experimentar cautamente la novedad sin dejarse absorber, postergar decisiones demasiado importantes: los londinenses que prestaban pero no participaban nunca en primera persona en sociedades ferroviarias, Solomon que se enroscaba en su "Nordbahn", James que entraba como protagonista en un negocio ferroviario pero que dejaba pasar otros, seguían todos esta actitud. Por otra parte, desde 1835 en adelante, el sistema económico europeo se veía turbado por crisis internas y repercusiones de una situación internacional en equilibrio, y arriesgar demasiado no debe haber parecido, también en general, el mejor partido a personajes ya expertos y de gran trayectoria como los Rothschild.

La aprobación de una ley ferroviaria por parte del parlamento francés en junio de 1842, ley que preveía un sistema estelar de ferrovías centrado en París y que en el plano económico endozaba a la finanza pública, estatal y comunal, los gastos de la expropiación de los terrenos y la preparación de los mismos, dejando a las empresas contratistas solamente el gravamen de la colocación de la línea y de la adquisición del material rodante, ley favorable a los potenciales empresarios, lograba, sin embargo, quebrar sólo en parte la cautela del Rothschild parisino. En el pulular de los proyectos y las iniciativas, y estos fueron tiempos en los que la chispeante inteligencia del saintsimoniano Enfantin proponía a una tras otra, James no pareció perder nunca el control de la situación. Hacía tiempo que seguía con creciente interés la propuesta ya avanzada años antes de un ferrocarril hacia el norte y hacia la frontera con Bélgica. Y fue sobre la misma que trabajó con atención y con éxito. Sin embargo, no descuidó intervenciones en todas las direcciones, resignándose inclusive a sufrir algunos desastres, como por ejemplo en el caso de la frustrada concesión a compañías formadas bajo su iniciativa de la línea París-Nantes-Bordeaux para Tours: todo ello sin dejarse ofuscar por los gruesos golpes bolsistas que, especialmente en Inglaterra, eran propiciados por la ingenuidad del público y por el copioso afluir de capitales en busca de ganancias en las empresas más diversas y, en más de un caso, también aventuradas. Y sin descuidar, al menos en el breve período, la máxima prudencia también en cuanto a lo que concernía a aventuales propuestas de intervención fuera de los límites nacionales. Como lo demostraron por un lado las inconcluyentes y siempre débiles tratativas conducidas con la *Société Générale* de Bruselas para un compromiso común en Bélgica y, por el otro lado, la seca réplica a un banquero florentino, Emanuel Fenzi, quien le había solicitado interesarse en la financiación de la ferrovía Leopolda, la línea Florencia-Livorno. El retorno a la buena época luego de la crisis de 1839-40, el consolidarse de la inversión ferroviaria y su evidente utilidad, conspiraron en conjunto para hacer más incisivo y convencido el compromiso de los Rothschild en el nuevo sector. Y fue Amschel Meyer, que parece ser que en Francfort estaba entonces asumiendo la función de banquero de los banqueros que financiaban el primer lanzamiento industrializador de Renania ("diversos habitantes de Colonia hablaban en aquella época del periódico espectáculo de la moneda Rothschild transportada desde los docks del Rin a través de las vías de la ciudad hasta los depósitos de las casas bancarias locales", así



1



2

3

1. La revolución de julio de 1830 en París.

2. Heinrich Heine.

3. Villèle, primer ministro francés en la Restauración.

4. Caricatura de Luis Felipe, de Daumier. París, B. N. Estampes.

En la página 166:

1. Emile Péreire.

2. La sombra de un gran hombre: Nathan Rothschild en la Bolsa de Londres. Litografía, 1836. Leipzig, Colecc. Kippenberg.

4

comentó un reciente estudioso de las relaciones entre desarrollo industrial e instituciones financieras en aquella zona); fue Amschel Meyer, se decía, quien al escribir en marzo de 1844 a James, luego de repetidas invitaciones a la reflexión y a la prudencia, afirmaba claramente que "...si echo una ojeada sobre la situación general hallo que la misma nunca fue más favorable para que nos decidamos a afrontar una gran iniciativa industrial [se refería en general a las ferrovías]. La paz se ha establecido, existe abundancia de capitales por doquier y, además, la reducción de la deuda de diversos grandes estados nos ayuda, orientando al dinero en otras direcciones. En cuanto a la posición de nuestras firmas reunidas, la misma nunca fue tan libre y suelta y ningún gran empréstito se vislumbra en el horizonte..." El cuadro era exacto y, en la reafirmada propensión de la familia por los "grandes empréstitos", la carta asume casi el carácter de preludio a la conclusión por parte de James del negocio de la línea Norte a la que ya nos refiriéramos. De esta línea se hablaba desde hacía tiempo. Un panfletista contemporáneo había llegado a definirla como "la más rediticia del globo". Y ya en el verano de 1840 el Estado se había empeñado en la construcción en economía de dos tramos: de Lille a la frontera belga y de Valenciennes a la misma frontera.

En el verano de 1842, luego de la promulgación de la ley general, también había sido aprobada la línea París-Lille-Valenciennes y, en 1844, el parlamento había pronunciado su opinión favorable también para la línea Lille-Calais-Dunkerque. En tanto, en setiembre de 1842 había aparecido una ordenanza que especificaba positivamente que, al menos en forma provisional, la gestión de aquellas líneas debía quedar en manos públicas, así como había sido pública la financiación.

Alguien ha sugerido, probablemente no sin fundamento, que a este grupo de importantes decisiones de las cámaras no haya sido ajeno el cálculo sutil, y la acción pertinente, de James Rothschild, que desde hacía tiempo pensaba en la línea Norte como en un negocio conveniente. El hecho es que en setiembre de 1845 justamente el parlamento, si bien luego de una gran batalla interna y una clamorosa repercusión en la prensa, votaba la adjudicación de la línea París-Lille-frontera belga con desviación a Dunkerque, 457 kilómetros de ferrovía ya construida o en vía de construcción, a la *Compagnie du chemin de fer du Nord*, una sociedad que se había constituido como resultante última de una serie de encuentros entre diversos grupos bancarios con un capital de 200 millones de francos, más de 50 de los cuales estaban en manos de James. El remanente había sido subdividido entre banqueros de nacionalidades diversas, entre ellos Laffitte, Blount, Rosamel, Pépin-Le Halleur, Decaen, el duque de Galliera. La concesión había sido obtenida por 41 años; en junio de 1846 la línea entraba en funcionamiento. Era uno de los más grandes negocios de Rotshchild que se ponía en movimiento, un negocio que, con intereses y objetivos variados, ha quedado en pie casi hasta nuestros días. En la vigilia de 1848, en suma, la presencia de la sede parisiense en las empresas ferroviarias metropolitanas resultaba bastante importante. No diremos excepcional. Totalmente ajena a las iniciativas que concernían al centro de Francia, que se concentraban en Orléans, en las otras la misma estaba empeñada de la forma siguiente:

Líneas	*Francos*	*Sobre un capital total de francos*
Aviñón-Marsella	2.000.000	20.000.000
Norte	51.349.000	200.000.000
París-Estrasburgo	7.000.000	125.000.000
Bordeaux-Sète .	3.275.000	140.000.000
París-Lyon ...	5.000.000	200.000.000
Creuil - San Quintín	15.200.000	200.000.000
Lyon-Aviñón ..	2.750.000	150.000.000
Total ..	86.624.000	865.000.000

Una posición no diferente de la asumida en cuento a los ferrocarriles distinguió la acción de los Rothschild en cuanto a la creación de nuevas industrias o, para decir mejor, en la participación de los mismos dirigida al proceso de industrialización; tal vez, a lo sumo, se podría hablar de una prudencia más acentuada. En términos relativos, el compromiso de los mismos fue muy modesto y siempre largamente meditado. Y si bien, como en ocasión de las intervenciones en el nuevo campo de los ferrocarriles, ellos se valieron una vez más de expertos y ardientes propulsores del desarrollo industrial, las decisiones últimas frente a todo tipo de proyecto siempre estuvieron sólidamente en sus manos. Así se comportó Solomon cuando en 1835 vio la oportunidad de tomar en arriendo las acerías y los hornos de Witkowitz en sociedad con un grupo de banqueros vieneses y, ocho años más tarde, de proceder a la adquisición de los mismos. Quien solicitara, tal vez quien le propusiera la operación fue sin duda aquel ingeniero Riepl, quien lo había aconsejado en ocasión de la construcción del "Nordbahn" y que anteriormente había dirigido los trabajos de modernización de las plantas de Witkowitz, edificando los primeros altos hornos a coque y la primera acería a pudelar del imperio austríaco. Pero resulta claro que el Rothschild vienés se convenció definitivamente de la conveniencia del negocio justamente en coincidencia con la previsible asunción del ferrocarril: es suficiente confrontar las fechas para darse cuenta. En tanto, en igual manera se estaba moviendo James en París. Este, luego de algunos cautísimos ensayos aún antes del ascenso al trono de Luis Felipe de Orléans, entró con una gruesa participación en la sociedad de las minas de la Grand-Combre en 1836. A muchos la iniciativa les parecó sorprendente entonces. En realidad, el gesto de James se debía considerar como el fruto de un cálculo en el que entraban también las posibilidades de valerse de los productos de las minas para realizar una tentativa de integración con algunas iniciativas ferroviarias que en aquella época se perfilaban y en las que Rothschild pensaba seriamente en particular. Ciertamente también contaron los solicitudes de Paulin Talabot, constructor de ferrocarriles en Europa e industrialista desenfrenado; como diez años más tarde, en ocasión de un nuevo episodio que se desarrolló con aspectos similares al del Norte, tuvieron peso las solicitudes y los intereses de Fernando Meuss, el dinámico dirigente de la *Société Générale* de Bruselas. Pero tanto en un caso como en otro, James no concedió ni un mínimo a los entusiasmos y a la temeridad de sus sagaces consejeros. También en 1846, cuando en el giro de pocas semanas concluía la adquisición del paquete de la mayoría de tres importantes minas de carbón en Bélgica, las de Agrappe, de Griseuil y de Escouffiaux, dando luego vida a la *Société des charbonnages belges* con un capital de 15 millones de francos y entraba luego en posesión de la mayoría del capital de un gran establecimiento siderúrgico, el de Sclessin, también en Bélgica, su propósito era en el sentido de la dimensión de las intervenciones y de sus límites bien definidos, que estaba ya persiguiendo. Los ferrocarriles de la *Nord* tenían necesidad de carbón, de rieles, de un taller mecánico: con las minas y con Sclessin todo ello se hacía posible. Nadie estuvo en condiciones de hacerlo avanzar más, no obstante que la fiebre de la especulación con los títulos industriales y las nuevas iniciativas hubieran conquistado a todos. No estaba en la gran tendencia de la historia el Rothschild parisiense, pero pocos meses después otra tendencia para él interesante, la conyuntural pareció darle razón, cuando una crisis de dimensiones tremendas amenazó con destruir como un castillo de papel el incontrolado activismo intervencionista de instituciones públicas y privadas.

Los que acabamos de detallar no son evidentemente todos los negocios industriales de la familia, y ni siquiera todos los financieros o los sostenidos en el continente —en Inglaterra tanto Nathan como su hijo Lionel se mantenían alejados—, son los más importantes. De ninguna manera. Por otra parte, el nexo carbón-hierro-ferrocarril era tan visible, la conveniencia de adecuarse al mismo tan segura que los Rothschild, como otros grupos diversos, financieros e industriales, no podían dejar de intentar obtener provecho. A pesar de todo, como ha es-

crito el más reciente y ordenado biógrafo de Meyer Amschel y de sus descendientes, "... James [y la afirmación vale también para sus hermanos] no podía inmovilizar sus capitales en los negocios industriales. Él sabía bien que las crisis los golpeaban particularmente y que entonces los mismos se convertían en pesadas cargas para aquellos que los tenían entre las manos..." En último análisis, él aún y siempre "había seguido siendo un hombre de banca y de comercio. Se lo observa perpetuamente inquieto en los compromisos de tal tipo, hesitante acerca de las decisiones a tomar, preocupado por el futuro de las empresas..." Más cómodo, y con toda probabilidad, también más satisfecho en términos de remuneraciones debía hallarse Nathan quien, como se ha dicho, si bien se había mantenido a distancia de las industrias y de sus problemas, no había desdeñado por cierto de ocuparse de operaciones que, si bien estrechamente ligadas al proceso de industrialización que se desarrollaba, no implicaban todas las pasadas consecuencias del riesgo de inmovilizaciones prolongadas y de reembolso nunca seguro, de la tarea de dirección, del resultado de la producción, de la inquietud de las masas operarias, etcétera. Nathan, y a su muerte su hijo Lionel, se habían dedicado, alcanzando pronto una posición de primerísimo plano, a la adquisición y a la venta de materias primas de calidad cuya demanda era entonces persistente, creciente y controlable sin requerir una fatigosa atención de tipo empresarial. Tomemos el caso del cobre. La mayor parte de este metal que se empleaba en occidente provenía de las minas rusas de los Demidoff. Los Rothschild, y en particular Nathan, se convirtieron muy pronto en los distribuidores exclusivos en toda Europa de los magnates de los Urales. El mercado de Londres, la aguja de la brújula de los precios mundiales, estaba de hecho en manos de ellos; y cuando hacia 1848 comenzó a llegar a Europa cobre sudamericano, el mismo también terminó por pasar a través de ellos antes de llegar al consumidor. Aún más que con el cobre, los Rothschild gozaban de una condición privilegiada en cuanto al mercurio. En Europa había solamente dos productores de este valiosísimo y solicitado metal: España, con sus minas de Almaden, y Austria con las de Idria. Unas como otras eran de propiedad pública. Ya de a poco, en 1830 James había acaparado el conveniente encargo de vender fuertes partidas de mercurio español. Luego, en 1835, el gobierno había dado en subasta la producción total de Almaden, es decir, la exclusividad en las ventas. La casa Rothschild se la adjudicó sin dificultades y hasta 1848 estuvo en condiciones de conservar el más estricto monopolio del mercurio en el mercado mundial, que una vez más significaba Londres. Ya antes de 1830 Solomon había logrado realizar una operación análoga con el producto de Idria. Desde 1835 en adelante, aquel que quisiera adquirir mercurio sólo podía dirigirse a una dirección: la de los Rothschild.

Encuentro con una gran potencia financiera: los Péreire

En tanto no había disminuido la actividad de prestamistas de dinero a entes públicos y de colocadores de títulos de estado. Antes bien, se habían agregado a los Estados y a las monarquías también las administraciones locales empeñadas en vastos programas de obras públicas. La última gran operación de la casa de París en la vigilia de la gran época del 48 había sido la asunción de 250 millones de renta al 3% en condiciones sumamente favorables vistos los nuevos tiempos, francos 75,25 por cada 100, con la autorización a ofrecerla al público a 77. Cuando estallaron los movimientos de febrero, James había realizado sólo por un valor de 88 millones mientras el curso caía rápidamente hasta tocar la cuota 33: arriesgaba perder una gran porción de su propia fortuna, admitiendo que las profundas transformaciones políticas no lo privaran también del remanente.

El año 1848 pareció en efecto, por algunas semanas, poner en discusión todo; por lo menos en el continente. Masas insurrectas, intelectuales que hablaban de socialismo, naciones que aspiraban a la unidad y a la independencia, obreros en armas, barricadas: la situación, observada desde el punto de vista de un banquero, parecía comprometida al máximo. Los Rothschild no podían dejar de estar convencidos. James, puesta a salvo su mujer en Londres, también pensó en emigrar; Solomon se vio obligado a huir clandestinamente de Viena; Amschel Meyer se halló en graves dificultades en Francfort; Kalmann tuvo la clara sensación de que aún en el Reino de las Dos Sicilias las cosas podían empeorar. El hermano parisiense fue el que reaccionó con mayor frialdad y astucia posibles. En la primavera, en efecto, él repetía un juego ya experimentado en 1830: donaba 50.000 francos al gobierno para los heridos de los movimientos del sangriento febrero parisiense. Un gesto tan grosero que inspiró algunas semanas más tarde en un periódico de la capital algunas acres ironías: "... Sois admirable, señor —escribía el *Tocsin des Travailleurs* en agosto—. A pesar de su mayoría legal Luis Felipe se derrumba, Guizot desaparece, el reino constitucional y la elocuencia parlamentaria son obligados a ceder paso pero vos, vos no os movéis... Habríais podido huir pero en cambio habéis permanecido, suponiendo que vuestra fuerza es independiente de las viejas dinastías e importante para las jóvenes repúblicas. Vos sois más que un hombre de estado. Sois el símbolo del crédito..." Palabras sacrosantas, cuyo valor va más allá de la crónica de un día. Sin embargo no se trataba de palabras proféticas. Al contrario, más bien. Aun cuando en el momento en que eran escritas el sentido de lo que había ocurrido y lo que estaba ocurriendo todavía ya no podía escapárseles a los hermanos. Pocos meses después, en efecto, mientras también en Inglaterra el movimiento cartista se dirigía hacia un melancólico ocaso, el rey Bomba volvía seguro a Nápoles a caballo, la insurrección vienesa había sido aplastada en la sangre y la corte habría vuelto a la capital; en Francia, los *Talleres Nacionales* imposible sueño socialista de un momento habían sido cerrados y Cavaignac, reprimida la insurrección obrera, había asumido poderes dictatoriales. Parecía que a pesar de algún perturbador rumor residual, la época volvía a ser propicia para los banqueros, para los procuradores de empréstitos, para los Rothschild. Nuevas, jugosas operaciones financieras estaban en vista, nuevas y apreciables concesiones ferroviarias debían ser asignadas, y con provechosas contribuciones públicas; una nueva e imponente tendencia de gastos estatales para trabajos públicos se hizo necesaria a fin de aplacar de algún modo a las masas populares duramente puestas a prueba en un bienio de lucha política y de movimientos de agitación; en suma, para darles la segunda de las tres famosas efes, la harina (farina). La horca (forca) ya la habían tenido en Viena, en París y en otros lados. Luego de poco tiempo también llegarían las fiestas. Hacia el fin de año, el 10 de diciembre de 1848, para ser exactos, se tuvo lo que no pudo dejar de parecerles a los Rothschild, y a James en especial, como un ulterior, inesperado signo de que los tiempos mejores no sólo se preparaban sino que ya habían llegado luego de las perturbaciones del ánimo de los últimos meses. Aquel día, en efecto, cinco millones y medio de electores franceses sobre siete habían dado su voto para la presidencia de la república a Luis Napoleón, sobrino nieto del grande. Que así fuera, es decir, que James se sintiera satisfecho y confiado, se lo puede entender mejor leyendo una misiva dirigida a Metternich y fechada el 27 de diciembre de 1849, escrita por un informante parisiense al ya ex presidente de los ministros del Imperio austríaco. "... La verdad —así dice— es que el célebre financista ha prestado dinero a M. Luis Bonaparte el año pasado en el momento de las elecciones presidenciales..." Pero la realidad se comenzó a revelar, y a poco, mucho más dura y complicada de cuanto James pudo razonablemente prever. No es que los Rothschild no continuaran haciendo buenos y en más de un caso pingües negocios. Por otra parte, la riqueza de ellos era por entonces tal que no podía ser una excepción, también considerando la experiencia y la sagacidad demostradas, a la regla según la cual el dinero va al dinero. Y esto era cierto tanto en París como en Nápoles

y en Francfort como en Viena, y con mayor razón en Londres. En cambio fueron algunos circuitos, que desde hacía tiempo funcionaban y muy bien, los que se revelaron como inutilizables después del 48. Con evidentes repercusiones si no sobre el giro de los negocios, sobre la potencia de la casa en sentido lato. Puesto de lado en Viena, Metternich había terminado por el momento en Inglaterra; la isla también había ofrecido asilo a Luis Felipe, otro gran personaje del circuito ya y para siempre fuera de uso. Las relaciones de tipo confidencial y de negocios con el personal político en la cima parecían así canceladas, a excepción, tal vez, de Inglaterra. Reanudarlas no podía dejar de ser para los Rothschild, banqueros de los Estados por definición, el objetivo más urgente y claro. El dinero prestado por James a Luis Bonaparte asumía por lo tanto un carácter emblemático. La empresa se reveló, en conjunto, de las menos felices; en Viena, donde el nuevo emperador Francisco José se mostró más reservado que su antecesor, mientras el primer ministro Schwarzenberg y el ministro de las finanzas Baungartner no correspondían a las esperanzas de Rothschild. Y en París, donde la desilusión fue aún mayor. Poco después de su triunfo Luis Bonaparte llamaba para dirigir las finanzas del país a un personaje cuya elección constituía un doble golpe para James. Primero, porque se trataba de un banquero, segundo porque era Aquiles Fould, personaje con el cual no se hallaba en buenas relaciones y que además lanzaba en los negocios a un hermano, Benoit, que operaba con la Banca Fould, Oppenheim y C.: los peligros que se perfilaban eran del todo claros. Casi como para anunciar la no muy lejana concreción de los mismos, el año siguiente sucedía un hecho que no se verificaba desde hacía mucho tiempo. El gobierno había ofrecido en venta más de un millón y medio de renta al 5 % y cerca de medio millón al 3 %. Bien, los Rothschild habían sido derrotados.

Mientras, los Rothschild habían procedido a reconquistar muchas posiciones en toda Europa: en Nápoles, donde Kalmann asumía los empréstitos indispensables para el enésimo saneamiento financiero; en Alemania, donde Amschel Meyer había tomado parte en la colocación de un grueso empréstito prusiano y había reasumido contactos con algunos Estados menores; en Londres, naturalmente, donde Lionel, desarrollando las ya iniciadas relaciones con Brasil, estaba negociando un empréstito de 1 millón de esterlinas con aquel país; en Viena, donde el jefe de la casa local Rothschild, Anselm, hijo de Solomon —este último había preferido, siguiendo el ejemplo de Metternich, trasladar su hogar a otra parte—, estaba empeñado no sin éxito en una tentativa por restablecer los vínculos rotos en el 48; en Roma, donde los Rothschild habían llegado a adjudicarse los gastos por el reintegro de Pío IX desde Gaeta, y habían logrado obtener la emisión de un empréstito a pesar de que debieron abandonar, frente a la resistencia pontificia, algunos reclamos por el mejoramiento de la condición de sus correligionarios en la capital del catolicismo; en Bruselas y, en fin, en una plaza entonces muy nueva pero que se convertiría, por buen número de años, en uno de los ejes de los negocios de James Rothschild, Turín. En la capital del Reino de Cerdeña el gobierno estaba a la búsqueda de dinero para afrontar las pesadas reclamaciones austríacas de una indemnización de guerra luego de la conclusión de la desafortunada campaña de 1848-49. Tan pesadas se hacían aquellas reclamaciones como igualmente difíciles eran las condiciones del tesoro piamontés: Nigra, ministro de Finanzas, no podía elegir otro camino que el del empréstito. Rothschild estaba a disposición y el 4 de octubre de 1849 la operación, la primera de una serie más bien larga entre las dos partes contrayentes, se concluía; se emitían alrededor de 2.300.000 liras de renta a un precio variable, por grados, entre las 80 y las 87 liras por ciento. Pocos meses después se presentaba el momento para la segunda operación: la renta emitida subió en la ocasión a 4 millones, cerca de una tercera parte de los cuales fue asumida directamente por James. Luego, en octubre, se hizo la tercera, por 6 millones. Sólo con las dos primeras James Rothschild pudo ganar más de 3 millones de francos. El ascenso al poder de Cavour signó el paro de los negocios Rothschild en el norte de la península. En junio de 1851, en efecto, frente a nuevas, impelentes necesidades de dinero fresco, el conde deseó aprovechar la ocasión para liberar al país del sofocante plazo de los Rothschlid y trató con buenos resultados de concluir el empréstito, de alrededor de 75 millones de liras, con una banca londinense, la Hambro. Pero tal vez más que en una ruptura definitiva, Cavour pensaba, como pronto se verá, en una especie de acción demostrativa para acentuar la independencia del Piamonte en cuanto a James, "... convertido desde hace algún tiempo en figura funesta para nuestro país", como escribía en aquellos días.

Ya se ha dicho que la derrota en el empréstito de diciembre de 1850 puede considerarse ahora como una especie de preanuncio de ulteriores complicaciones en cuanto al mantenimiento del predominio rothschildiano sobre las finanzas francesas en particular y sobre las del entero continente en general. En los primeros meses de 1852 ocurrió otra: el nuevo ministro de finanzas, Bineau, decidió con un decreto del 14 de marzo la conversión de la deuda pública con la reducción de la tasa de interés del 5 al 4½ % en alternativa al reembolso a la par (en aquellos días el curso estaba firmemente por encima); sobre 187 millones de renta casi 175 participaron en la operación. James podía pensar, habiéndose encargado de la ejecución de un monto no desdeñable, que ello significaba lo contrario y, al mismo tiempo, su reingreso en el giro normal, normal para él, luego de algún incidente sin importancia. Pero la conversión era sólo un paso adelante en un recorrido que se reveló efectivamente mucho más largo y accidentado. Poco antes, en efecto, el Banco de Francia había reducido la tasa oficial de descuento del 4 al 3 %, y pronto el tesoro había seguido el ejemplo para sus bonos. La inversión en títulos de estado se tornaba así menos interesante por un lado, mientras que las otras decisiones convergían para dirigir los ahorros hacia nuevos tipos de inversión, el industrial en particular, o, de todos modos, para hacer asumir a las mismas operaciones de emisiones de empréstitos públicos caracteres muy diversos y por cierto nada agradables a la gran banca. En tanto, ya desde hacía algunos meses, se manifestaba cada vez más explícitamente en los ambientes diplomáticos el deseo del presidente de "reorganizar el sistema económico francés".

El año 1852 mostró que las intenciones iban mucho más allá de las medidas antes indicadas. Hacia fines de año, en efecto, cobró vida la que, para decirlo como el historiador norteamericano Rondo E. Cameron, representó "... la innovación estratégica luego de una larga serie de tentativas y de experimentos para dar solución al problema de la provisión de capitales y de crédito a favor de la intensificación del proceso de industrialización". Se trataba de la actuación práctica de una idea ciertamente no nueva, la de recoger y orientar el ahorro de los ciudadanos, modesto individualmente, pero gigantesco en su conjunto, en tal sentido. En el momento la misma se presentaba aún más cargada de peligros para el predominio de los banqueros al estilo de los Rothschild, que trabajaban casi exclusivamente con el propio patrimonio y con los depósitos de un número restringido y seleccionado de clientes; gozaba notoriamente del más completo apoyo del Estado tanto por la finalidad de desarrollo recién mencionada y que no podía dejar de parecerle alarmante a James, como también, tal como lo afirmara Persigny, principal colaborador del presidente, para destruir "... el monopolio ejercido sobre la Bolsa de París por una Casa bancaria, preponderante, sólida, honesta", la Rothschild. La forma concreta que asumió aquella idea fue la constitución del instituto que en las intenciones de los promotores debía denominarse "Banca de trabajos públicos", y que se llamó en cambio *Société générale de Crédit mobilier* y que fue luego comúnmente conocida por la última parte de su denominación oficial, el *Crédit mobilier*.

Los más ardientes sostenedores, y los protagonistas de la operación, fueron dos herma-

1

2

nos de lejana ascendencia portuguesa que, llegados de Bordeaux cerca de veinte años antes, habían estado empleados hasta entonces, y activamente, en las empresas ferroviarias de James Rothschild, Isaac y Émile Péreire. Ellos pertenecían a aquel nutrido grupo de adeptos de Saint-Simon que se estaba mostrando tan activo en el estímulo ideal, político y material en favor de los ferrocarriles, de los canales, de la industria. De un progreso material, en suma, entendido como instrumento de liberación humana a conseguirse con la participación organizada y solidaria de los "laboriosos" (industriales, financieros, científicos, obreros asumidos en tal ambigua unidad definitoria) y con la movilización de los capitales depositados mediante un sistema bancario centralizado, bien organizado y en condiciones de recoger el ahorro dondequiera que se formase como fundamento primero, en una especie de utopía tecnocrático-crediticia que no dejó de dar, de todos modos, más de un resultado, pero que segara, entonces y más tarde, tantas víctimas intelectuales, aparte de satisfacer demasiadas y mal disimuladas ilusiones. Los dos hermanos adherían a tales ideas con todo su ardor, pero se cuenta que Émile comentó un proyecto perfecto y particularmente grandioso de un compañero de fe, Chevalier, afirmando que "no es suficiente delinear gigantescos programas en el papel y que él deseaba transcribir sus propias intenciones sobre la tierra". La creación del *Crédit mobilier* era sin más entendida por él y por su hermano Isaac en esta comprensible perspectiva. El 18 de noviembre de 1852, tres días antes de que el plebiscito ratificara el ascenso de Napoleón III a la pompa del imperio, el nuevo banco se convertía en realidad. El capital incial, suscripto por acciones, había sido fijado en 60 millones de francos.

Entre los suscriptores faltaba James Rothschild que, si bien invitado por Péreire a asumir una participación, no sólo había declinado la oferta sino que también había extendido y enviado a Luis Napoleón una larga y circunstanciada memoria para ponerlo en guardia en cuanto a aprobar la locura que sus colaboradores estaban perpetrando, si no deseaba "condenar a las fortunas públicas a un futuro lleno de borrascas y de calamidades". Según su opinión, la aparición del *Crédit mobilier* habría significado "... un poder financiero exorbitante fatalmente llevado a excitar al máximo la especulación y el espíritu de iniciativa, a substituir el dinero por una cantidad siempre creciente de papel moneda, al dominio exclusivo del comercio y de la industria con el aniquilamiento de todas las energías individuales y de toda competencia para sustituirlas con una dirección única, irresponsable, sin control financiero del Estado y sin la posibilidad para este último de neutralizarla..." En efecto, algunas observaciones técnicas de James parecen aún ahora indiscutibles en particular lo que respecta a la posibilidad de una libertad demasiado amplia de maniobra para la emisión de obligaciones con vencimientos diferenciados. Pero su carta era también y antes que nada la reacción más espontánea e inmediata de quien se sentía gravemente golpeado por lo que estaba ocurriendo. Desde entonces su guerra personal, que fue luego una guerra conducida en nombre y en el interés de la gran banca tradicional y que no careció de todos modos de episodios no siempre inspirados en su regular conducta, no se dio tregua. Acerca de este encuentro de orientaciones y de intereses se han derramado, como se suele decir, ríos de tinta. Por lo tanto vale la pena precisar, al mismo tiempo pero también más allá de sus numerosísimas manifestaciones que interesaron por alrededor de quince años a toda Europa, los contornos efectivos y el sentido más exacto de este asunto. Algunos han querido ver en él un encuentro de generaciones, otros el fruto de la incontrolada reacción de un benefactor, James, al sentirse traicionado por los beneficiados, los Péreire. Cualquier indicio documental o cualquier referencia cronística podría conformar tanto a una opinión como a la otra. Pero la naturaleza verdadera del conflicto fue mucho más compleja y menos superficial de lo que se pensaba entonces o de lo que parece hoy frente a una simple evocación de los hechos. Se ha tenido ocasión, numerosas veces y aun poniendo en justa evidencia su capacidad de adaptación, de acentuar la cautela de James frente a las intervenciones a medio y a largo plazo en el campo industrial. En nuestra opinión, el sentido último de su furibunda reacción ante el nacimiento del *Mobilier* debe buscarse justamente aquí y en la correlacionada, sustancial incomprensión de las nuevas modalidades que el crédito debía forzosamente seguir para afrontar las exigencias derivadas del ya iniciado, e indetenible, proceso en aquella dirección. Ha escrito un historiador de los grandes negocios del siglo XIX, Capefigue, que "...el sistema del capital accionario quitaba necesariamente a la Casa Rothschild su dominio absoluto sobre los empréstitos y los negocios... la misma habría sido luego nada más que un banco rico y poderoso". Así el motivo psicológico individual se unía, y a nosotros ello nos parece fuera de toda discusión, la sensación muy neta de que el nuevo instituto, y los otros que fatalmente lo habrían seguido, representaban el comienzo del fin de un mundo que James y su familia habían dominado con su riqueza personal, su potencia y su influencia política. Ciertamente, James no dejará nunca de batirse. Todo lo contrario. Pero en tanto él, en algún modo, estaba por quedarse solo. En 1855 morían casi contemporáneamente Kalmann, Solomon y Amschel Meyer, sustituidos, pero no era

ciertamente lo mismo para el viejo banquero parisiense, por los hijos de los dos primeros, Adolf, Anselm y Karl-Meyer. Por otra parte, la confianza que él podía tener en Napoleón III, si no debilitada, estaba fuertemente sacudida justamente por el asunto del *Mobilier*. En realidad, el próximo emperador sabía bien que la gran banca y los Rothschild en particular habían sido y eran orleanistas, y él deseaba tanto un imperio propio como una banca propia. Los Péreire le daban la banca. Y era una banca que podía decirse doblemente suya porque al menos en las intenciones, la misma también deseaba fundarse en un "plebiscito", el del ahorrista, a diferencia de la tradicional constituida por organismos de propiedad personal y por lo tanto consonante no con la forma moderna de dictadura que él experimentaba, sino con una monarquía censataria como la de los Orléans o de los Borbones.

Ciertamente, las intenciones de los Péreire eran ambiciosas más allá de lo que se puede decir y no se detenían en los límites de Francia. Ha escrito Jean Bouvier que "el tablero al que miraban era Europa y, en modo especial, los países del centro, del sud y del éste aún no entrados en la etapa del desarrollo industrial. *Crédit mobilier* debían fundarse en cada uno de ellos y en conexión con el parisiense. Así se llegaría a la reglamentación de las inversiones en escala continental, se organizaría una circulación de títulos industriales y públicos a través de las fronteras, y se bajaría la tasa de interés, mientras las obligaciones de los diversos *Crédit mobilier* podrían a su vez tornarse intercambiables: una moneda especial, un medio universal de pago podía surgir así..." Existía una dosis abundante y visible de utopía en la fantasmagórica visión de los dos, pero también había mucha anticipación y, al mismo tiempo, gran sentido de la realidad. Ellos conocían muy bien Francia, y la tradicional frugalidad y capacidad de ahorro que distinguía a sus ciudadanos y burgueses. ¡No ocurriría, poco tiempo después, para confirmar las convicciones de ellos, que frente a un empréstito público, como ya con frecuencia se hacía en Francia, por pública suscripción, es decir, sin la programática participación de banqueros, los pedidos alcanzarían a 2 billones y 175 millones de francos (de los cuales casi 780 millones pertenecían a la campaña) cuando la suma pedida había sido de 500 millones? La confianza de ellos tenía, entonces, sólidas raíces. Del mismo modo la iniciativa por ellos tomada. La gran banca, y James Rothschild en particular, permanecieron por algún tiempo a la expectativa, no buscaron ciertamente el encuentro y no recurrieron inmediatamente a particulares contramedidas que no fueran la de la intensificación, y las circunstancias eran entonces casi siempre propicias, de la actividad, apuntando hacia países nuevos donde aún no se podía pensar que el ejercicio preferido por ellos, el de la asunción y la colocación de empréstitos públicos, pudiera ocurrir así como con frecuencia se estaba haciendo en Francia, sin la presencia personal y determinante de ellos. Luego, ante algunas gruesas inversiones de los Péreire, especialmente en el campo ferroviario, el conflicto se inflamó hasta tocar los sectores más diversos y un espacio territorial amplísimo. La conclusión se tuvo en 1857 con las renuncias de los Péreire de la dirección del *Crédit mobilier*. Pero en los trece años que van de 1854 a aquella fecha toda Europa, desde Portugal a Rusia, fue testigo de durísimos encuentros entre la vieja banca y los Péreire, los más tenaces y desprejuiciados defensores de la "democratización del crédito" y de su empeño a los fines de un desarrollo industrial del cual, de todos modos, se habían debilitado los primitivos entusiasmos y los profundos significados libertadores y humanizantes que Saint-Simon y sus adeptos pensaban que el mismo contenía. En 1854 los Péreire eran ya una gran potencia financiera. Utilizando el capital social —la emisión de obligaciones requerida por ellos hasta diez veces el valor de aquel capital estaba todavía en discusión— así como algunas alianzas anti-Rothschild que les habían procurado los depósitos de numerosas compañías ferroviarias, ellos controlaban los ferrocarriles meridionales, comprendida la línea más importante, la de Bordeaux a Sète que controlaba el acceso a España, las del Este para las cuales se había formado una sociedad mediante la fusión de la París-Estrasburgo con la París-Mulhouse y la Estrasburgo-Basilea, las del Oeste, es decir, la París-Saint Germain, la París-Rouen, la Rouen-Le Havre y la París-Caen-Cherbourg, y algunas menores, especialmente en el noreste de Francia. Los Rothschild, que a su vez se habían asociado con otros poderosos banqueros como los Bartholony, ejercían su influencia sobre las líneas *Nord*, sobre la París-Orléans con extensión hacia Bordeaux, Nantes y Limoges, sobre la Lyon-Mediterráneo y sobre la Lyon-Ginebra. La suerte de los 915 kilómetros del ferrocarril del *Gran Central* habrían decidido acerca del predominio de un grupo o del otro sobre los ferrocarriles franceses.

Los Péreire estuvieron en condiciones de penetrar en la compañía, formada por un financista francés, el duque de Morny, medio hermano del Emperador: el peligro para los Rothschild se hacía gravísimo. Tanto más cuanto que los enemigos, en tanto, preparaban otros golpes en otras partes. En Austria, por ejemplo, en aquella Austria que hasta entonces había sido una reserva de caza para los Rothschild. Entre el fin de 1854 y los comienzos de 1855 los Péreire habían logrado adquirir la red ferroviaria estatal, que con centro en Viena llegaba hasta Praga y Budapest. Luego habían presentado una solicitud formal para constituir también allí una banca de crédito mobiliario. La réplica de los Rothschild había sido inmediata: bloqueada la maniobra de los Péreire, el nuevo, desencantado dirigente de la Casa local había logrado la autorización para instituir un banco análogo lanzando en la competencia un capital más que doble del de los dos hermanos. Era una blasfemia propiamente dicha para un Rothschild. Lo diría James en una carta al embajador ruso Orlov, de noviembre de 1856: "... ¿Por qué motivos hemos entrado en tales iniciativas? —él se preguntaba en forma retórica—. Es sabido que nosotros estabos vivamente en contra de esos... y sin embargo estamos muy profundamente empeñados en los asuntos financieros de Europa entera como para permanecer ajenos a combinaciones que tocan el crédito público y privado. Y como no hemos podido impedir que surgieran aquellos bancos, hemos decidido intervenir nosotros mismos, ya sea para modificar ciertos criterios peligrosos como para moderar y atenuar los efectos de los mismos". Claro. Una vez más la lucha frontal contra la novedad, pero atenta consideración de las posibilidades que la misma ofrecía. En tanto en Viena, a la primera medida para detener a los Péreire seguían otras: la adquisición de los ferrocarriles lombardo-vénetos y luego la gran línea ferroviaria de Viena a Trieste.

Y después de Austria, Rusia. Aquí, en un primer momento, una vez más vencieron los Péreire, logrando adjudicarse y construir una gran compañía para las ferrovías del imperio. Y luego también España, donde los Péreire, infatigables y activísimos, valientes hasta la temeridad y ocupados ya en una carrera sin pausas, habían fundado hacia fines de 1855 con un hijo de Isaac, Eugenio, un "Crédito Mobiliario Español" con un capital de 228 millones de reales (cerca de 60 millones de francos) que se habían empleado inmediatamente en la contratación de empréstitos públicos para el Estado, en la fundación de empresas mineras y metalúrgicas y de compañías de seguro y, como de costumbre, en las construcciones ferroviarias, obteniendo la concesión de las líneas del Norte desde Madrid a Irún vía Valladolid y Burgos primero, y luego la de Córdova a Sevilla. Menos brillantemente se concluyeron las iniciativas de los dos hermanos en Suiza, en Alemania y en Piamonte. En este último Estado los Rothschild, a pesar de las maniobras de Cavour, llegaron a colocar numerosos si bien no siempre rediticios empréstitos, y a entrar, aunque no siempre en primera persona, en numerosísimos negocios ferroviarios, a presidir en la constitución de aquella *Cassa del Commercio e delle Industrie* que, con el *Kreditanstalt* de Viena representó la única excepción a la firme hostilidad de los Rothschild contra la banca mobiliaria. Escribió en sus propias memorias un me-

diador de bolsa, Feydeau —y el libro apareció en 1873— que "el barón Rothschild hacía negocios con su propio dinero, mientras que los hermanos Péreire debían trabajar con dinero del público . . . y por ello eran esclavos del público, a diferencia del banquero que es siempre patrón del propio y de las propias decisiones . . .". Como afirmara luego también el director de aquel que se convertiría en un instituto crediticio de tipo nuevo, el *Crédit Lyonnais*: "la gran banca está compuesta por capitalistas que pueden fácilmente, si no lo desean, demorar o suspender la gestión de los negocios. Nosotros, por el contrario, tenemos necesidad de actividad, de desarrollo . . .". Y tiene razón un historiador de nuestros días al comentar el drama en el cual, de entonces a poco después, se precipitarían los dos hermanos de Bordeaux, al sostener que "ellos no sólo fueron impulsados por su temperamento, por la situación económica o por las elecciones políticas favorables al nuevo régimen". La banca de ellos se veía obligada a hacer negocios. Era necesario que la misma distribuyera dividendos a sus propios accionarios para mantener la confianza y poder continuar obteniendo en consignación los ahorros del público. Fue así que entre 1860 y 1864 los Péreire se cavaron la fosa con sus propias manos: ya empeñados en importantes especulaciones inmobiliarias en París, se lanzaron a una nueva empresa del género con una creación que les pertenecía, la *Société Inmobilière*, adquiriendo vastas extensiones de terreno en Marsella y, al mismo tiempo, concibieron la idea de una nueva línea de Marsella a Sète para contrastar el pasaje por el sud de Talabot, y por lo tanto a Rothschild. En 1863 es este último negocio el que fracasa. Tres años más tarde la crisis económica y la consiguiente grave rebaja de los cursos también puso en gravísimas dificultades a la *Société Inmobilière*: los Péreire intentaron salvar la sociedad, y a sí mismos, doblando el capital del *Crédit mobilier*: muy pronto el remedio pareció peor que el mal.

A partir de abril de 1867 los títulos del *Crédit mobilier* descendieron bajo la par y, en otoño de aquel año los Péreire debieron firmar las renuncias al consejo de administración de la banca que habían creado. Louis Girard ha escrito lapidariamente: "Una certeza se impone: los dirigentes del gran mundo financiero se han desembarazado de los Péreire." ¿Qué otro comentario era posible si es cierto que frente al pedido de ellos de un préstamo de 75 millones de francos garantizado por el patrimonio de la *Inmobilière*, el Banco de Francia les respondió primero un seco no y luego, ante presiones de arriba, un sí cuya única condición era que antes de realizar la operación tanto uno como otro, Emile e Isaac, firmaran las renuncias? ¿Por quiénes estaba dirigido el Banco de Francia si no por aquellos exponentes de la gran banca —comprendido Alphonse, hijo de James Rothschild—, a quienes los dos habían osado desafiar en nombre de la historia?

La derrota de ellos, sin embargo, sólo fue temporaria. James Rothschild podía considerarse satisfecho. Había hecho a tiempo, antes de morir, para asistir a un enésimo, gran triunfo de la *mishpahá*. Cuya riqueza justamente en aquellos años llegaba a cimas increíbles. Según los recientes estudios de Bertrand Gille, el balance de 1863 presentaba un capital de más de 550 millones de francos franceses y el balance de 1874, el primero existente entre los papeles del archivo de la familia, hacía ascender aquella cifra a cerca de 900.000.000. Poco menos que las entradas ordinarias del reino de Italia en aquellos años. Se podía decir, entonces: ¡rico como un Rothschild!

La muerte de James, que ocurriera el 15 de noviembre de 1868, signaba la desaparición del último gran banquero privado. Una época entera de la historia financiera desaparecía con él. La idea de los Péreire, desde entonces en adelante se tornará cada vez más robusta, será retomada y perfeccionada en Alemania, en Italia, en la misma Francia. Y ni siquiera los miembros de la gran familia de Francfort, los orgullosos y brillantes aristócratas de la tercera y de las sucesivas generaciones Rotshchild, podrán ignorarla o combatirla. Más allá de la historia individual, los impulsos de fondo no pueden antes o después dejar de afirmarse, aún cuando es la acción humana la que los torna concretos y activos y regula la modalidad y la consistencia de los mismos. Será también por la fuerza de tal impulso que más tarde, en nuestros días, los descendientes del joven judío de Francfort que un día se encaminó de Hannover a su casa luego de aprender el oficio podrán emerger a la cresta de la onda, tornarse sujetos de la curiosidad de publicistas y de escritores, ofrecer todavía material a la pluma de panfletistas —quien no recuerda *Les Juifs* de un panfletista príncipe de estos años, Peyrefitte—, penetrar nuevamente en los salones y en los secretos reductos de la gran política nacional y mundial.

Bibliografía

Las biografías de los Rothschild son abundantes, si bien no numerosísimas y, naturalmente, de valor desigual. Entre las menos recientes conviene señalar, también porque fueron elaboradas sobre los archivos, de Francfort, ahora desaparecidos la primera, y los de Londres, que según parece no consultables, la segunda. Christian Wilhelm Berghoeffer, *Meyer Amschel Rothschild, des Gründer des Rothschildschen Bankhauses*, Francfort, 1922, y Jules Ayer, *A Century of Finance. 1800-1904. The London House of Rothschild*, Londres, 1905. Recientemente apareció la que debe ser indicada como la más inteligente y la más penetrante. Se trata de la obra de Jean Bouvier, *Les Rothschild*, París, 1960. El trabajo biográfico importante y documentado, ciertamente no definitivo, como él mismo ha tenido la modestia de escribir, es aquel aún en curso de B. Gille, *Histoire de la Maison Rothschild*, del que ya aparecieron dos volúmenes publicados por Droz, Ginebra, y que llevan la narración hasta alrededor de 1870, y que llegará hasta la vigilia de la primera guerra mundial con otros dos. En lengua italiana, el mejor libro disponible es el de Egon Corti, *I Rothschild*, reimpreso recientemente por Dall'Oglio.

Para el encuadre general del período en términos de historia económica y financiera, las indicaciones, como bien se entiende, podrían ser numerosas: nos limitamos a señalar dos trabajos, uno en lengua inglesa, el otro en francés, sumamente completos y exactos: Rondo E. Cameron, *France and the economic Development of Europe, 1800-1914*, Princeton, N. Y., 1961, y Maurice Lévy-Leboyer, *Les banques européennes et l'industrialisation international dans la premiere moitié du XIXe siècle*, París, 1964.

Para una consulta de tipo general, que abarque los Rothschild, sus amigos y también sus adversarios, se puede indicar la *Historia general de las civilizaciones*, edición española, ed. Destino, Barcelona, 1958: el tomo referido al siglo XVIII redactado por R. Mousnier y E. Labrousse, y el del siglo XIX por R. Schnerb.

1
¿Quién sostiene hoy el peso del mundo? ¿Quién manda
en los congresos realistas o liberales?
¿Quién levanta en España a los patriotas descamisados,
de quienes tanto charlan los periódicos de la vieja Europa?
¿Quién sostiene al antiguo y al viejo mundo en pena
o en gloria? ¿Quién unta de aceite los resortes de la política?
¿Quién desafía a la noble sombra de Bonaparte?
El judío Rothschild y su camarada cristiano Baring.
(Trad. de F. Villalva, ed. por El Ateneo, 1951.)

Hoy mismo haga el canje de sus fascículos sueltos de **LOS HOMBRES DE LA HISTORIA** por los cuatro primeros tomos encuadernados.

TOMO 1: **EL MUNDO CONTEMPORANEO,** *con las biografías de Churchill, Einstein, Lenin, Gandhi, Hitler, García Lorca, Stalin y Picasso.*

TOMO 2: **LAS REVOLUCIONES NACIONALES,** *con las biografías de Lincoln, Darwin, Courbet, Dostoievski, Nietzsche y Wagner.*

TOMO 3: **EL SIGLO XIX: LA REVOLUCION INDUSTRIAL,** *con las biografrías de Freud, Van Gogh, Tolstoi, León XIII, Bismark y Ford.*

TOMO 4: **CRISTIANISMO Y MEDIOEVO:** *con las biografías de Carlomagno, Mahoma, Marco Polo, Francisco de Asís, Abelardo, Tomás de Aquino, Dante.*

Cómo realizar el canje

Usted debe entregar personalmente, y en las direcciones citadas, los siguientes fascículos de LOS HOMBRES DE LA HISTORIA:

Para el Tomo 1: los fascículos números 2, 5, 6, 9, 11, 14, 18 y 23, en perfecto estado, y la suma de m$n 600, $ 6.-

Para el Tomo 2: los fascículos números 8, 13, 15, 20, 22 y 27, en perfecto estado, y la suma de m$n 600, $ 6.-

Para el Tomo 3: los fascículos números 1, 10, 21, 24, 31 y 36, en perfecto estado, y la suma de m$n 600, $ 6.-

Para el Tomo 4: los fascículos números 7, 16, 25, 30, 34, 42 y 43, en perfecto estado, y la suma de m$n 600, $ 6.-

¡En el mismo momento en que usted entregue los fascículos recibirá los magníficos tomos!

Atención: Los tomos están lujosamente encuadernados en tela plástica con títulos sobreimpresos en oro y sobrecubierta a todo color.
Llevan una cronología y un índice general.

Si le falta algún fascículo, diríjase a su canillita; él tiene todos los números.

Todos los MARTES compre LOS HOMBRES de la historia y conserve los fascículos en perfecto estado.
Así podrá seguir canjeándolos y formar con los tomos encuadernados una valiosa Biblioteca de la Historia Universal a través de sus protagonistas.

Próximamente: aparición del quinto tomo.

CANJE POR CORREO

Si usted desea efectuar el canje por correo, deberá enviar los fascículos a

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA S.A.
Rincón 87 - Capital Federal

Agregue la suma de m$n. 600 - $ 6 por el tomo y m$n. 100 - $ 1 para gastos de envío, en cheque o giro postal a la orden del Centro Editor de América Latina S.A.

IMPORTANTE

Como los fascículos deben llegar en perfecto estado, tome todas las precauciones. Envuélvalos en cartón muy grueso o entre maderas o en una caja resistente de cartón o madera. No forme rollos.

Cuando usted tenga los tomos en sus manos, comprobará que ésta es una oferta excepcional que el CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA brinda a sus lectores. El precio en plaza de cada tomo sería

Para realizar el canje personalmente, diríjase a:

CAPITAL

Librería GONZALEZ - Nazca 2313
Librería JUAN CRISTOBAL - Galería Juramento - Cabildo y Juramento - Loc. 1, Subsuelo
Librería LETRA VIVA - Coronel Díaz 1837
Librería LEXICO - J. M. Moreno 53
Librería DEL VIRREY - Virrey Loreto 2409
LIBROS DIAZ - Mariano Acosta 11 y Rivadavia 11440 - Locales 46 y 47
Librería PELUFFO - Corrientes 4279
Librería SANTA FE - Santa Fe 2386 y Santa Fe 2928
Librería SEVILLA - Córdoba 5817
Librería TONINI - Rivadavia 7302 y Rivadavia 4634
VENDIAR - Hall Constitución
Centro Editor de América Latina - Rincón 79/87

GRAN BUENOS AIRES

Avellaneda
Librería EL PORVENIR - Av. Mitre 970

Húrlingham
MUNDO PLAST - Av. Vergara 3167

San Martín
Librería DANTE ALIGHIERI - San Martín 64 - Galería Plaza

Villa Ballester
Librería EL QUIJOTE - Alvear 280 - Galería San José - Loc. 7

INTERIOR

BUENOS AIRES

Bahía Blanca
Librería LA FACULTAD - Moreno 95
Librería TOKI EDER - Brown 153
LA CASA DE LAS REVISTAS - Alsina 184

Garré
Ramón Fernández

La Plata
Librería TARCO - Diagonal 77 - Nº 468

Mar del Plata
Librería ERASMO - San Martín 3330
REVISLANDIA - Av. Luro 2364

Pergamino
PERGAMINO EDICIONES - Merced 664

CATAMARCA
MAURICIO DARGOLTZ - Rivadavia 626

CORDOBA

Coronel Moldes
CASA CARRIZO - Belgrano 160

CORRIENTES
LIBRERIA DEL UNIVERSITARIO - 25 de Mayo, esquina Rioja

CHACO

Resistencia
CASA GARCIA - Carlos Pellegrini 41

ENTRE RIOS

Paraná
EL TEMPLO DEL LIBRO - Uruguay 208

Concepción del Uruguay
A. MARTINEZ PIÑON - 9 de Julio 785

MENDOZA
CENTRO INTERNACIONAL DEL LIBRO - Galería Tonsa - Loc. A-26

MISIONES

Posadas
Librería PELLEGRINI - Colón 280 - Local 12 y 13

RIO NEGRO

Gral. Roca
QUIMHUE LIBROS - Tucumán 1216

SALTA
Librería SALTA - Buenos Aires 29

SAN JUAN
Librería SAN JOSE - Rivadavia 183 - Oeste

SANTA FE

Rosario
Librería AMERICA LATINA - Galería Melipal - Loc. 10 - Córdoba 1371
Librería AIRES - Entre Ríos 687
Librería LA MEDICA - Córdoba 2901

Santa Fe
Librería COLMEGNA - San Martín 2546
LIBRETEK S. R. L. - San Martín 2151

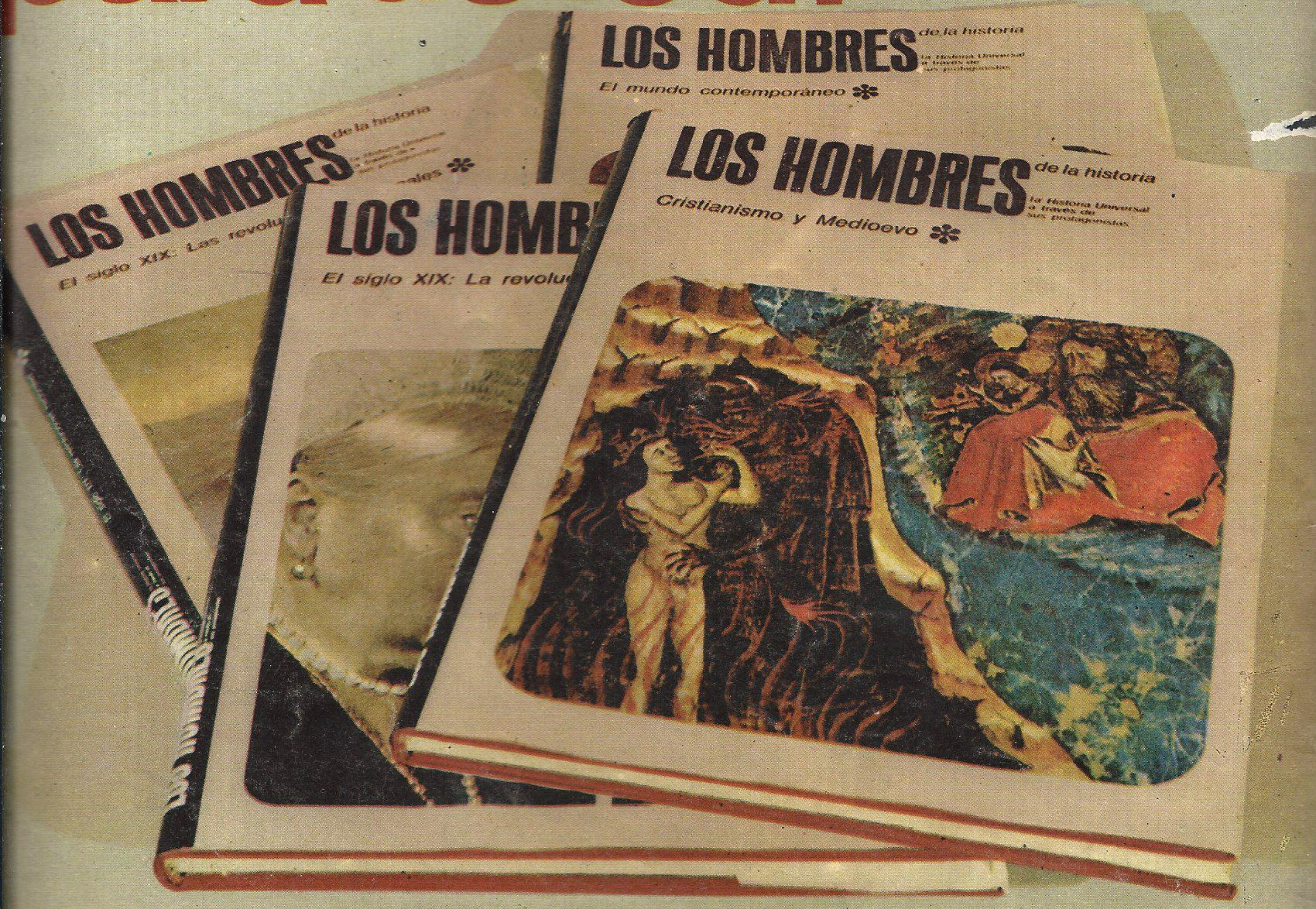
Rafaela
Librería EL SABER - Sarmiento 138

SANTIAGO DEL ESTERO
Librería DIMENSION - Galería Tabycast - Loc. 19

TUCUMAN
NEW LIBROS - Maipú 150 - Local 13

Centro Editor de América Latina
más libros para más

Ya hay 4 tomos encuadernados para usted!



LOS HOMBRES *de la historia*

Obténgalos hoy mismo canjeándolos por fascículos sueltos y aumente el valor de esta magnífica colección.

Ver detalle del canje al dorso.

ARGENTINA:

Nº 100 al Nº 90	$ 1,50	m$n. 150.—
Nº 89 al Nº 1	$ 2,50	m$n. 250.—

COLOMBIA: $ 7.-
MEXICO: $ 5
PERU: S/. 18
URUGUAY: $ 90
VENEZUELA: Bs. 2.50